

LA RUPTURA GENERACIONAL

Hacia una renovación de la esperanza

MILTON MORRISON

LA RUPTURA GENERACIONAL
HACIA UNA RENOVACIÓN DE LA ESPERANZA

Santo Domingo, R. D.
2010

TÍTULO DE LA PUBLICACIÓN:
La Ruptura Generacional

Segunda edición, corregida y ampliada
abril, 2010

AUTOR:
Milton Morrison

DIAGRAMACIÓN Y ARTE FINAL:
Eric Simó

DISEÑO DE CUBIERTA:
María Ventura

EDICIÓN AL CUIDADO DE:
Alexis Peña

IMPRESIÓN:
Editora Búho

ISBN: 978-9945-00-321-5

Impreso en República Dominicana
Printed in the Dominican Republic

*A mi padre Mateo, por inculcar en mí
el sentido de la justicia y la responsabilidad.*

*A mi esposa Davidia,
fuente de amor y solidaridad.*

*A Charlize y Denzel, a través de cuyos ojos veo el país,
con el cual estoy comprometido.*

CONTENIDO

Prólogo	
<i>Federico Jóvine Rijo</i>	11
Prefacio	19
CAPÍTULO I	
Distorsión de la política	31
CAPÍTULO II	
Mal manejo de la economía	43
CAPÍTULO III	
Globalización e identidad cultural	57
CAPÍTULO IV	
Debilitamiento del capital social	67
CAPÍTULO V	
Principios, valores y responsabilidad social	73
CAPÍTULO VI	
Unidades y agentes de cambios	83
CAPÍTULO VII	
Mi visión acerca de las soluciones	91
CAPÍTULO VIII	
La vía alterna como epílogo	121

PRÓLOGO

Este libro de Milton Morrison titulado “*La Ruptura Generacional. Hacia una renovación de la esperanza*” en el que el autor, a quema ropa nos dice que: “*En República dominicana se ha producido una corrosión en varios eslabones sociales económicos políticos y culturales, profundizando de esa manera las cadenas del subdesarrollo nacional. Las últimas cinco generaciones del liderzazo nacional no han podido dar respuesta a los principales problemas que afectan nuestra nación*” no nos da opción alguna desde el primer párrafo:

O estamos de acuerdo en esa afirmación de partida de manera axiomática o cerramos el libro y leemos otro. Todo el libro parte de la base del incuestionable deterioro de la realidad dominicana.

Y en eso si que debemos estar todos de acuerdo. La República Dominicana se encuentra en transitando un peligroso derrotero. Existe una explosiva conjunción de circunstancias internas y externas que determinan toda la situación pero los resultados serán igualmente los mismos.

El objetivo que persigue el libro es crear debate, generar discusión, aglutinar consensos. Es un libro provocador de la primera a la última página en el que el autor prescindir de los formalismos tradicionales que han regido siempre la estructuración semiótica de este tipo de trabajos y va directamente a lo ideario, a las confesiones, a las propuestas. El autor no lo dice, pero está absolutamente conciente

de que detrás de las más floridas y elaboradas piezas de la oratoria y literatura política dominicana los grandes prohombres de las tres últimas Repúblicas nos han desguzado la patria.

El libro plantea el desarrollo humano como una necesidad impostergable y parte de un reconocimiento tácito y sin tapujos de la realidad dominicana; esto lo hace de la mano de informes realizados por organismos internacionales y abundantes trabajos de investigación que soportan y avalan cada una de sus afirmaciones. En el libro el autor no trata de justificar ninguna tesis con sólidas fuentes bibliográficas o referencias de rigor; aclara que todas están su página Web. La idea central del trabajo no es defender ninguna tesis ni apuntalar ninguna particular concepción política de trascendencia partidaria, lo medular es cuestionar las razones de nuestra realidad asumiendo que la realidad misma es desoladora y brutal, para luego proponer la manera de cambiarla.

Este no es un libro que viene a sumarse al eterno coro que pregona la inviabilidad del Estado dominicano o la supuesta decadencia innata de la dominicanidad.

No.

Este es un libro en donde el autor sostiene que existe la esperanza y postula que esa esperanza debe y puede ser renovada.

Este no es un libro que busca culpables, sino soluciones a los problemas. Cuando señala que *“Los partidos políticos tradicionales han hecho del ejercicio político una práctica tendente a debilitar la democracia, pues tanto las acciones de los gobiernos como de la oposición responden a intereses particulares*

antes a que a los nacionales” no lo hace tratando de descartar a los partidos como los principales entes que deben promover el cambio, pues reconoce como necesaria la participación de los mismos en la construcción de una política capaz de afrontar la agenda nacional con una verdadera visión de Estado.

Los motivos que justifican el libro se resumen en una sola línea: “*hace 30 años discutíamos los mismos problemas que en la actualidad*”. Una afirmación que da motivos como para apurar todo el pote de *prozac* de un solo trago. Todo un balde de agua fría a la clase política dominicana que no ha sabido articular propuestas capaces de solucionar los viejos problemas para poder afrontar los nuevos. Es un cuestionamiento a un sistema partidario que ha soslayado las prioridades nacionales en aras de las apetencias personales; una crítica a un sistema en donde desde hace más de 30 años las mismas personas discuten los mismos problemas. No deja de ser paradójico que no tengamos una continuidad de políticas de Estado –tal como señala el autor- y si una continuidad de problemas de Estado.

En el libro se evidencia que la forma actual de hacer política ha generado más problemas de los que ha solucionado, a través de la puesta en marcha de una centrifuga demoníaca que cada día crece a través del populismo, el clientelismo y el pragmatismo primitivo más rampante y descarado.

El autor reconoce el crecimiento que ha tenido el país en las últimas décadas y realiza valoraciones justas y objetivas de los diferentes períodos históricos comprendidos, sin importar los partidos tutelares del poder. Sin embargo, a

todos los cuestiona por igual, ya que en esencia lo que ha habido es una réplica de las peores prácticas de gobierno, una especie de *darwinismo* a la inversa en donde sólo sobrevive y se reproduce aquel modelo capaz de generar más exclusión, inequidad y pobreza.

El autor reconoce los retos de la globalización y no pierde el tiempo etiquetándola ya que la entiende como irreversible -no es una opción, señala-, y plantea que corresponde más bien desarrollar las fortalezas identitarias que puedan hacer resistir el embate de otras culturas que supone el libre flujo de ideas, culturas y personas por todos los continentes. Esa fortaleza de la dominicanidad debe darse desde la justa apreciación y valoración que componen nuestra cultura y nuestro folklore, sin denostar, sino más bien enaltecendo y protegiendo nuestras raíces culturales.

En una época de grandes cambios y movilizaciones, la identidad está en jaque y la dominicanidad la encarnamos todos los dominicanos. No sólo le carga el dado al Estado y a la política cultural que se ejecuta, sino que le endosa buena parte de la responsabilidad a cada uno de los ciudadanos, sin importar dónde estos se encuentren.

Morrison cuestiona el debilitamiento progresivo de nuestro capital social -la verdadera riqueza del pueblo, señala- y cuestiona de manera sistemática la corrosión de los principios y valores que deben guiar a cada ciudadano, institución o empresa.

A todo lo largo del libro el autor señala los grandes problemas que nos acogen, que nos cercan, que parecen eternos e insalvables y a cada señal su particular visión de solución.

Si bien es cierto que “*la política dominicana como hoy se ve y se ejerce es una retranca para el desarrollo nacional*” en la cual se manifiesta la existencia de una complicidad social. El autor sostiene la existencia de un futuro posible e inmediato siempre y cuando se manifieste el concurso de todos los ciudadanos. La refundación de la República sólo es posible si de entrada aceptamos pura y simplemente que el proyecto republicano de Duarte al día de hoy no ha arrancado a plenitud y que los valores que sustentaron las fuerzas que posibilitaron aquel amanecer glorioso de febrero, se encuentran resquebrajados y que han sido vendidos al mejor postor.

El autor señala que “*El debate político nacional se ha caracterizado por ser pobre, irrespetuoso, repetitivo, circunstancial, carente de ideas fértiles de perspectivas futuras. Mas bien se ha enfocado en desacreditar la reputación del opositor dejando de lado las propuestas concretas y los planes de acciones en pro del bienestar de la nación*” y ese señalamiento nos emplaza: ¿Hay alguien que sea capaz de desmentir esta afirmación?

No dejan de tener visos de nostalgia algunos capítulos, afirmaciones y remembranzas de la infancia que a primera vista no se encuentran concatenadas con el propósito inicial de un libro de esta envergadura. Pero luego, cuando se sigue leyendo, uno se da cuenta de que todo está relacionado, de que las confesiones son así porque el libro es eso, una invitación directa a la reflexión más íntima que debe darse en la conciencia de cada quien. Este libro es una invitación a la esperanza, un renovado compromiso con los valores más puros de la dominicanidad, con los ideales de Juan Pablo Duarte y los trinitarios, una reafirmación de la

educación recibida en el hogar, fuente primigenia de todos los compromisos a ser suscritos en la vida.

Este libro trasciende los partidos, las ideologías, los compromisos. Este libro sitúa en otro nivel de discusión lo relativo al porvenir de la patria, proponiendo un concepto que trasciende las limitaciones sociales, generacionales e ideológicas. La Ruptura generacional promovida por Milton Morrison no es sólo una renovación de la esperanza, es también una renovación mental y moral, un invitación directa e intransferible que hace el autor para que ese compromiso de cambio sea asumido por cada dominicano que *“entienda la necesidad de encauzar el destino del país sobre bases éticas, participativas y equitativas orientadas por la definición de una política económica que tenga al ser humano en su centro”*.

FEDERICO JÓVINE RIJO
Santo Domingo de Guzmán,
12 de abril de 2010

PREFACIO

En República Dominicana se ha producido una corrosión en varios eslabones sociales, económicos, políticos y culturales, profundizando de esta manera la fisura de las cadenas del desarrollo nacional. El liderazgo nacional no ha podido dar respuesta a los principales problemas que afectan nuestra nación.

El país se encuentra sumergido en una crisis socioeconómica profunda, como consecuencia de las medidas desacertadas que se han tomado para enfrentar los problemas nacionales más acuciantes.

El *Informe de Desarrollo Humano 2005*, presentado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), plantea que la *“República Dominicana se ha insertado en la dinámica mundial de una manera que es social, económica e institucionalmente excluyente, con un modelo que es insostenible en el mediano plazo”*. Este planteamiento nos lleva a pensar en la carencia en cuanto a la inversión en del desarrollo humano que ha tenido el país en las últimas décadas. Las acciones de los líderes políticos, salvo excepciones, han reflejado un continuismo cómplice en la toma de decisiones, siendo este uno de los principales obstáculos al desarrollo nacional.

Para que la República Dominicana pueda comenzar un proceso real de desarrollo humano cimentado en un estado de derecho, ha de producirse una ruptura en términos

políticos, y sobre bases democráticas que soslayan aspectos fundamentales del *modus operandis* de las generaciones de dominicanos que han dirigido los destinos del país hasta el momento. La clasificación generacional a la cual nos referimos abarca aquellos ciudadanos cuyas acciones y pensamientos han llevado nuestro país hacia un estado de involución institucional, resquebrajamiento del estado de derecho y marginación socioeconómica de la población.

La ruptura generacional no es cronológica, sino mental, y podrá ser asumida por cualquier ciudadano que, independientemente de su edad, se sienta comprometido en contribuir con la creación de una República Dominicana como la soñaron los padres de la patria.

Creo firmemente en el fortalecimiento de la democracia participativa. Una democracia que permita la participación activa de actores capaces de propiciar escenarios de equidad, bienestar colectivo, respeto por las leyes y las instituciones, así como de hacer las modificaciones necesarias a nuestra estructura jurídica, de tal forma que permita mayores niveles de cumplimiento de los derechos y deberes de cada ciudadano.

Lograr el desarrollo en la República Dominicana será un objetivo que jamás trascenderá los límites de la mera aspiración, si el sistema de partidos políticos continúa promoviendo un clientelismo lacerante a las condiciones de vida de las futuras generaciones. Todos sabemos que los efectos de esa forma de hacer política no se perciben en el presente, sino en el futuro, ya que constituyen la base para la corrupción de las estructuras institucionales y el debilitamiento progresivo del valioso capital social acumulado.

Necesitamos un sistema de partidos políticos que obtenga sus adeptos a partir de propuestas programáticas atadas a una agenda nacional de desarrollo, y consensuada entre los legítimos representantes de los diferentes sectores que inciden en la vida nacional.

La ruptura a la cual nos referimos no podrá producirse sin el esfuerzo y colaboración de aquellos dominicanos que entiendan la necesidad de encauzar el destino del país sobre bases éticas, participativas y equitativas. Ciudadanos que entiendan la necesidad de materializar los derechos y deberes consignados en la *Carta Magna* y en la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, consideradas en múltiples ocasiones como letras muertas.

La necesidad de la ruptura a la que nos referimos es un sentir silente de la mayoría de los ciudadanos, independientemente de la clase social, raza, religión, ideología política, oficio o dedicación. Todos compartimos, de una u otra forma, la creencia de que es necesario un cambio sustancial en la sociedad dominicana, a los fines de construir un país donde prioricemos los intereses nacionales.

La pobreza que nos arropa es desgarrante y palpable tanto en zonas urbanas como rurales. Si bien es cierto que se trata de una pobreza definida como la carencia de recursos materiales para satisfacer las necesidades humanas básicas, esta tiene un componente subjetivo muy peligroso: la desesperanza resultante de las promesas insatisfechas, y la cual trae consigo la germinación de una baja autoestima.

No creemos que exista sector económico y social alguno en nuestro país que auspicie ni desee la pobreza en sí misma. Estoy plenamente seguro que los sectores empresariales

entienden los beneficios de la relación de un bajo grado de pobreza versus la seguridad ciudadana y la estabilidad social del país. Es sobre esa base que hemos llegado a la conclusión de que los sectores productivos nacionales podrán interiorizar el concepto de la *ruptura generacional*, ya que quienes han gobernado el país no han sabido respetar ni propiciar las bases institucionales para el desarrollo de la nación.

También sabemos que el pueblo llano entiende que las prebendas del clientelismo les generan irrisorios beneficios esporádicos en tiempos de proselitismo político. Y que si se ha hecho partícipe de ese juego, es debido a la carencia de alternativas que le brinden oportunidades sostenidas para satisfacer sus necesidades más allá de lo básico.

El pueblo dominicano es en su gran mayoría noble, y ante la disyuntiva de delinquir o trabajar dignamente para obtener su sustento diario, sabemos que la segunda opción es la preferida por todos, salvo excepciones de sujetos corrompidos y marginados, que ven en la delincuencia una forma de vida, siendo ellos mismos también víctimas de un sistema social injusto.

La gente no es corrupta, violenta ni delincuente por naturaleza. Retrotraigámonos a la República Dominicana hace varias décadas, cuando la delincuencia no llegaba a los alarmantes grados de hoy en día, y las rejas en las ventanas y puertas de los hogares dominicanos eran elementos extraños. Algunos podrían relacionar la violencia y la delincuencia con el hacinamiento producto de las migraciones rurales a zonas urbanas, o aducir que se debe al crecimiento económico pero inhumano, que ha logrado el país en

los últimos años. Las causas reales de la delincuencia y el deterioro social que afecta al país son otras: la pobreza y la corrupción arrastradas como legado de la tiranía de Trujillo y acentuadas por algunos sectores de poder que nos han dirigido.

No podremos vencer la pobreza en la República Dominicana sino es sobre los hombros de ciudadanos del conocimiento¹. La educación para el *saber* y para el *hacer* tienen una función trascendental en la lucha contra la pobreza. Vista la educación como la organización sistemática del conocimiento para su aplicación en tanto que la inversión en esta —en todas sus dimensiones— es fundamental para el desarrollo humano.

Hasta ahora hemos identificado como elementos que contribuyen a la necesidad de la ruptura generacional aquellos que reflejan la incapacidad histórica de nuestros líderes para resolver los problemas nacionales. Tales elementos son:

- Falta de iniciativas para generar empleos productivos.
- Debilitamiento del capital social acumulado.
- Incapacidad para solucionar el problema eléctrico.
- Carencia de mecanismos reales para erradicar la corrupción gubernamental.

¹ Acuña el término en la misma línea de pensamiento del Dr. Peter Drucker, cuando nos indica que la sociedad a la que nos dirigimos “el saber es el recurso clave y no puede ser comprado con dinero ni creado por capital de inversión”.

- Incapacidad para mejorar los servicios de salud pública.
- Falta de voluntad para invertir mayores recursos en el sector educativo, de manera tal que la educación sea de calidad y priorice la formación de ciudadanos con auténticos valores.
- Incapacidad para poner en marcha de manera satisfactoria el sistema de seguridad social.
- Falta de políticas orientadas a la creación de oportunidades para la juventud.
- Incapacidad para enfrentar la delincuencia y, por ende, llevar paz a la sociedad.
- Incapacidad para brindar al sector empresarial y productivo oportunidades y facilidades para su desarrollo pleno en una economía de mercado más humana, en la que el Estado desempeñe una función reguladora.

Una forma de darnos cuenta de nuestra realidad social y económica es repasando las estadísticas económicas y sociales existentes. El referido informe del PNUD refleja la realidad nacional de una manera demostrativa y constructiva. Por tanto, dicho informe debe ser el punto de partida para reflexionar y luego actuar, a los fines de enmendar el rumbo que llevamos como país.

El *Índice de Desarrollo Humano* (IDH) es 0.777, lo que nos sitúa en la posición 90 de 182 países evaluados. Ocupamos el último lugar en el aprovechamiento de la riqueza

con relación al desarrollo humano entre los países de Latinoamérica y el Caribe.

La esperanza de vida al nacer en República Dominicana es de 72.5 años, casi igualando la media de la región es de 72.7. Nuestras cifras de longevidad demuestran carencias básicas en cuanto a la salud y la nutrición, producto de la situación en que viven la mayoría de los ciudadanos. Además, tomemos en cuenta las ausencias de garantías para desarrollar una vejez satisfactoria.

El origen de la baja esperanza de vida la podemos encontrar en la desnutrición crónica infantil, la cual aumentó a 7.2 por ciento en el año 2006, lo que representó un aumento en el número de niños desnutridos, alrededor de veinte mil, y de mantenerse dicha situación la tasa de crecimiento aumentará en 2,500 por año.

El grado educativo promedio de la fuerza productiva es la primaria, conjugado esto con la existencia de un 56% de empleos informales en todo el país.

Un sistema de seguridad social precario, tanto en los aspectos concernientes al seguro familiar de salud como a las pensiones.

Un sector educativo con uno de los niveles de inversión en función del PIB más bajo de la región, analfabetismo alrededor del 13%; salarios bajos para los maestros; formación deficiente, no sólo de los estudiantes, sino también de los docentes, y deficiencias en infraestructuras, materiales y equipos educativos.

Un sector energético deficiente, con pérdidas en la distribución eléctrica de alrededor de 40%; un subsidio eléctrico muy alto y distorsionante; alta propensión al hurto de

energía y un valor agregado de distribución inflado por una serie de costos innecesarios.

Además, una corrupción estatal que asalta a la vista de manera preocupante. Un sector de zonas francas víctima de la baja competitividad y productividad que ha generado miles de desempleados. Y una ciudadanía amenazada por la creciente delincuencia y la falta de seguridad ciudadana.

Después de repasar estos datos, coincidimos con el informe del PNUD 2005 cuando dice: *“la causa principal de la pobreza dominicana y del bajo desarrollo humano relativo no es la falta de financiamiento y de recursos económicos, sino el escaso compromiso con el progreso colectivo del liderazgo nacional político y empresarial durante las últimas décadas”*.

Cuando analizo datos como estos, sólo pienso en la insensibilidad de quienes nos han dirigido durante tantos años. Realmente no podemos exculpar la clase política del país de esta realidad, ya que son ellos mismos que, previo a cada contienda electoral, se presentan en los barrios y callejones del país a vender falsas ilusiones y a comprar los votos de los dominicanos más necesitados. Ellos conocen los problemas que afectan a la población, pero no les dan respuesta, más bien se aprovechan de ellos. Por eso, es necesario unirnos en un esfuerzo trascendental para romper los lazos con ese pequeño grupo de ciudadanos que tanto daño han hecho a la nación.

Este no es un libro de cifras estadísticas ni datos históricos acerca de la realidad económica, política y social de la República Dominicana. Este es un libro que ofrece mi visión con respecto al país, y que resume el sentir de los dominicanos de bien que reclaman, 166 años más tarde,

los deseos de los hombres y mujeres que a través de la historia han aportado a la construcción de nuestra nacionalidad. Los mismos que nos legaron las expresiones de Dios, Patria y Libertad, para referirse a que nuestra nación debía regirse por criterios morales y éticos elevados. Aquellos que vieron la patria como el centro de nuestras acciones colectivas, orientadas al bienestar nacional y la libertad como la condición fundamental del ser humano de poder elegir lo que su razón orientada a los mejores intereses nacionales les indicaran. Esa es la base de la democracia a la que todos aspiramos, y en la que creemos quienes entendemos la necesidad de la ruptura generacional.

Este es un libro dirigido a todos los dominicanos que como yo, aspiran a contribuir con sus ideas y acciones a la reconstrucción de una República Dominicana cuyos pilares sean la paz social, la democracia, la equidad, el desarrollo humano, la estabilidad económica, la transparencia, y la justicia social.

CAPÍTULO I
DISTORSIÓN DE LA POLÍTICA

Juan Pablo Duarte ideó y practicó un ejercicio político basado en la ética y la dignidad. Nos enseñó con su ejemplo una forma de hacer política orientada al bienestar colectivo de lo que él visualizaba como nación.

La sociedad de hoy no es igual a la de hace 170 años, cuando se fundó la Sociedad Secreta La Trinitaria para lograr la independendencia. Nuestra sociedad dista mucho de la concepción que dio origen a su creación.

La clase política tradicional han hecho del ejercicio político una práctica tendente a debilitar la democracia, pues tanto las acciones de los gobiernos como de la oposición responden a intereses particulares, antes que nacionales.

El ejercicio político debe fortalecerse volviendo a sus orígenes éticos, basados en la solidez de la identidad nacional, donde los hombres y mujeres están llamados a sobreponer los intereses colectivos por encima de los individuales.

La política a la que aspiramos ha de construirse reinventando las prácticas del pasado sobre la base del mejoramiento de lo que hacemos en el presente. Si queremos un mejor país debemos propugnar por un quehacer político distinto y cónsono con la realidad que vive el mundo actualmente.

Lamentablemente, los líderes políticos dominicanos no han entrado al ciclo del mejoramiento de su oficio, ya que no han podido reinventar la política del pasado. Eso ha

traído consigo repeticiones de ideas y prácticas cuyos modelos sociales y económicos han fracasado, pues sus respuestas a las demandas de la sociedad han sido insuficientes. Es necesario reinventar la política dominicana, y con ello a algunos políticos que la ejercen de manera deshumanizada.

Llegó el momento de entrar en acción para quienes entienden que pueden adecentar el espectro político dominicano. Es hora de que actúen en consecuencia, de que pasen a ser actores en vez de espectadores. Sólo así podremos construir una democracia plural y del siglo XXI, no una pseudo democracia del siglo XX, matizada con los períodos de 1916-1924, 1930-1961, 1966-1978 y 1986-1996, los cuales representan alrededor de 60 años de dictaduras, cuasi dictaduras, gobiernos ilegítimos e intervenciones, mientras los dominicanos sensatos y de buena voluntad han dejado el espacio a quienes tienen poco que aportar.

La política se nutre de acciones. Es por eso que necesitamos actores políticos comprometidos con la realidad que pretenden transformar; que redefinan sus prácticas políticas para alcanzar y ejercer el poder, conscientes de que las sociedades son el reflejo del accionar de sus líderes.

Necesitamos una política ejercida por políticos interesados en construir y desarrollar el estado de derecho al que todos aspiramos. Pero no un estado de derecho interpretado como la seguridad jurídica de unos cuantos, sino uno de carácter universal que garantice los derechos civiles, económicos, sociales y culturales de la población en general.

De lo contrario, habrá de producirse —por el bien de la nación— una ruptura generacional que conlleve a una restauración política y social. Esa ruptura será el resultado del

ciclo democrático que atraviesa nuestro pueblo, y cuya responsabilidad recaerá en aquellos que entiendan que las democracias del nuevo siglo se fundamentan en ejercicios políticos que promuevan la participación ciudadana y armonicen el desarrollo humano con el económico.

Necesitamos políticos capaces de afrontar la agenda nacional con una verdadera visión de Estado que permita alcanzar un desarrollo eficiente y sostenido, donde logremos un nivel tal en que todos los dominicanos y dominicanas compartamos la misma visión y los mismos anhelos. En tal sentido, la sociedad en general debe participar de manera directa en la definición de lo que será el país dentro de 30 años. ¡No podemos seguir así!

No es posible conducir la República Dominicana por el sendero del desarrollo si no se ejercen las funciones públicas de manera responsable y honesta. Si no tenemos planes, programas y proyectos claros, no existe forma alguna de medir el avance, el estancamiento o el retroceso del país.

Todos sabemos que los grupos políticos predominantes moldean la idiosincrasia de un país de acuerdo a la forma como ellos ejercen el poder. Por tanto, ya es hora de que los partidos políticos tradicionales hagan un *mea culpa* por el derrotero hacia el cual han conducido históricamente a la República Dominicana, con sus desaciertos.

¿Quién es responsable del clientelismo manifestado en sus diferentes formas y plataformas sociales? Busquemos la respuesta más próxima en los dos últimos siglos matizados por las dictaduras de Ulises Heureaux, Trujillo y las aberraciones de Santana y Báez, todo esto validado por la mayoría de las organizaciones políticas que han influido en la

sociedad dominicana ¿Quién es responsable de que muchos dominicanos persigan su bienestar renunciando a sus valores, como si se tratase de un requisito indispensable para ello? Las respuestas las tienen aquellos que han alcanzado el “éxito” con prácticas que riñen con la honestidad, la ética y el trabajo.

Lamentablemente, hoy en día la política social que han ejercido la mayoría de los gobiernos dominicanos es sinónimo de clientelismo. Desde que Trujillo asumió el poder en 1930 hasta la fecha, y, exceptuando el gobierno del profesor Juan Bosch, la política social se ha caracterizado por una visión clientelista, una desvinculación entre la política social y la económica, y por la dispersión de la acción social.

En el estudio acerca de la política social en República Dominicana durante el período 1930-2007, preparado por Cañete y Dotel (2007), se recogen algunas iniciativas positivas cuya inconsistencia han degenerado en distorsiones sociales. No obstante esa realidad, uno de los males fundamentales del buen ejercicio del poder es la falta de continuidad del Estado, principalmente en los procesos de transición de un gobierno a otro. La continuidad estatal es una responsabilidad directa de los partidos políticos que debe asumirse por el bien de la nación.

La falta de continuidad estatal genera altos costos hundidos para la economía nacional, invertidos en obras de construcción que se inician y cuyas inversiones se pierden al pasar los años.

A mediados de los 40 del siglo XX, Charles de Gaulle pedía que Francia se elevara por encima del sistema partidario. Y lo solicitaba en un momento en el que los

partidos políticos y sus actores principales no habían cumplido con las demandas de su población.

Lo mismo ha de ocurrir en nuestro país: el bienestar y el desarrollo tendrán que ser elevados por encima de los partidos y los políticos. Estos deberán enderezar sus acciones de manera tal, que no distorsionen la democracia o irrespeten las leyes y las instituciones, a sabiendas de que con ello propician que la población ejerza un voto pendular, no por la convicción de que hace lo mejor, sino por rechazo a los ejercicios políticos mediocres, que cada vez son mayores.

Hace 30 años discutíamos los mismos problemas que en la actualidad: la crisis energética, las problemáticas del sector salud, la educación o la migración, son sólo algunos de los principales males que nos aquejan y que se han agravado con los años. A tal grado que le han sumado a la agenda nacional otros problemas para los cuales no se vislumbran soluciones ni a corto ni mediano plazo, lo que demuestra que la falta de solución a algunos problemas han derivado en la creación de otros. Ejemplo de ello es que al no tener políticas claras de reducción de la pobreza, sumadas a las diversas crisis económicas que de manera cíclica hemos tenido, nos ha llevado a aumentar los grados de pobreza de manera alarmante, que junto a la falta de oportunidades y el desempleo, se convierten en caldo de cultivo de la delincuencia que azota el país.

Lo mismo sucede con el sector eléctrico, donde las últimas generaciones de dominicanos han nacido sumergidos en apagones. La empresa eléctrica estatal siempre fue vista como un antro del clientelismo político, situación que

convirtió dicha empresa en un elefante blanco, y todavía hoy día, posterior a su proceso de capitalización, el gobierno tiene que disponer de cuantiosos recursos para subsidiar las operaciones de las empresas eléctricas estatales.

El sector educativo ha sido uno de los menos atendidos por los gobiernos dominicanos. Mejorar la educación es parte de la retórica política, sin embargo, las acciones para fortalecer dicho sector han sido tan pocas, que debiera ser declarada en estado de emergencia.

La deficiencia de los servicios de salud pública habla por sí misma. Así como estos sectores se encuentran muchas de las áreas fundamentales en nuestro país, como resultado de la dificultad de los gobiernos que han dirigido el país para invertir en las prioridades nacionales.

A partir de la ruptura generacional visualizamos una República Dominicana diferente, donde se establezca un estado de derecho que brinde seguridad a la población. donde estemos más cohesionados a partir del fortalecimiento del capital social, y donde exista transparencia del ejercicio público y mayores castigos a quienes transgreden los derechos y los bienes de la mayoría. En fin, puedo ver en el futuro una nación más equitativa, con mayores oportunidades individuales, pero, sobre todo, más humana.

La política dominicana como hoy se ve y se ejerce es una retranca para el desarrollo nacional. Existe una complicidad que comienza a preocupar a la mayoría de dominicanos que aspiran a una sociedad más justa.

La lucha contra la corrupción debe convertirse en una acción sistemática y sostenible en el tiempo. No debe sustentarse en promesas y poses sociales que encubren la

impunidad y generan la impotencia de los ciudadanos, convirtiéndose luego en una costumbre colectiva que con el tiempo se transforma en una especie de complicidad social. Tan culpable de los actos de corrupción es quien los comete, como quien, pudiendo evitarlos permite que estos ocurran.

La corrupción se combate promoviendo una cultura del cumplimiento de las leyes fundamentada en el fortalecimiento del Poder Judicial. La política no debe permeear la justicia ni esta coquetear con la política. Si bien es cierto que en la República Dominicana se ha logrado un avance importante en cuanto a la independencia de la justicia, no es menos cierto que la solidez de este importante poder del Estado es necesario para propiciar la institucionalidad del país.

No podemos continuar hablando del flagelo de la corrupción, debemos actuar dando riendas sueltas al poder de las leyes.

Los políticos del siglo XXI serán aquellos que puedan interpretar los reclamos de la sociedad y traducirlos en realizaciones positivas donde el populismo y el clientelismo no tengan espacio.

El populismo como práctica encuentra lugar en la incertidumbre, la ignorancia y la pobreza de los pueblos. Es usado tanto por los gobernantes como por la oposición, y alcanza su clímax durante las campañas políticas.

Para reducir en República Dominicana las brechas del populismo insatisfecho, o, más bien, la no materialización de las promesas de campaña, las propuestas programáticas presentadas por los partidos políticos deben surgir del análisis y de estudios profundos de las necesidades del país en

un momento dado. La conformación de un consejo de seguimiento a las propuestas programáticas de los partidos políticos sería el primer paso para mitigar las frustraciones colectivas y evitar el engaño al pueblo.

Dicho organismo debería estar compuesto por ciudadanos éticos, incorruptibles, y sin militancia partidista de ninguna especie, y cuya función fundamental sea validar el cumplimiento o no de las promesas realizadas en campaña.

Este consejo rendiría un informe anual de las ejecutorias de los gobiernos, en función de los planes y proyectos presentados en campaña. Así también, las debidas justificaciones del incumplimiento.

De esta forma, en la postrimería de cada período gubernamental la sociedad dominicana tendría juicios de valores suficientes para evaluar el desempeño del gobierno de turno.

Uno de los elementos que más ha contribuido a la pérdida de credibilidad política es la falta de sintonía entre los dirigentes políticos y la sociedad. Es necesario que conozcan las necesidades de la sociedad que les rodean. En el caso de un político, la falta de sintonía sociopolítica es bastante grave, ya que lo aleja de la posibilidad de concienciar a la población, dificultándose así la satisfacción de sus necesidades.

El populismo y las improvisaciones han demostrado no ser capaces de dar respuestas a los grandes problemas nacionales. La falta de unificación de criterios por parte del gobierno y la oposición, así como el correcto discernimiento de cuales son las prioridades nacionales, han retrasado nuestro camino hacia el verdadero desarrollo.

Las sociedades se elevan en función del grado de las discusiones de sus líderes. En los últimos años, el debate político nacional se ha caracterizado por ser pobre, irrespetuoso, repetitivo, circunstancial, carente de ideas fértiles y de perspectivas futuras. Más bien se ha enfocado en desacreditar la reputación del opositor, dejando de lado las propuestas concretas y los planes de acciones en pro del bienestar de la nación.

Es tiempo de pasar del debate circunstancial y de hechos irrelevantes al debate de ideas y perspectivas. Las grandes naciones del mundo se han desarrollado porque sus ideas avanzadas han sido materializadas.

Las repeticiones de los discursos y propuestas demagógicas han retumbado en los oídos de la sociedad, de tal manera que cada día despierta un poco más de su letargo imbuido por un sector político que pierde credibilidad.

¡Ya basta de cantos de sirenas! No queremos propuestas fallidas e insatisfechas *a priori*. Lo que necesitamos es creatividad para transformar la realidad en la que estamos sumergidos. Una realidad que ha de llamar a los dominicanos a sumarse a un esfuerzo que reinvente la arquitectura social dominicana.

Enriquecer el debate político es responsabilidad tanto del gobierno como de la oposición. Los de oposición deben realizar planteamientos constructivos acerca de las acciones de los gobiernos de turno, y éstos deben presentar soluciones fruto de consensos, que beneficien a todos.

Una gran parte de la responsabilidad de fortalecer la democracia dominicana descansa en las ejecutorias de los partidos políticos; la otra, en los hombros de los ciudadanos

y ciudadanas que a través de las instituciones fortalecen dicha democracia.

La ruptura generacional nos llama a ser partícipes de nuestro propio destino, asumiendo la responsabilidad histórica de reinventar el ejercicio político de manera tal que los hombres y mujeres comprometidos con los mejores intereses del país se unan bajo el mismo objetivo nacional; que es el de construir una República Dominicana cónsona con los intereses colectivos.

CAPÍTULO II
MAL MANEJO DE LA ECONOMÍA

La economía nacional ha estado matizada en gran medida por las acciones de los gobiernos de turno, y se ha manejado en función de las prioridades individuales de éstos. Esta situación se puede observar en el manejo que se le da al presupuesto nacional, así como en los bajos grados de rendimiento y transparencia en el uso y conducción de la cosa pública.

En naciones con una fuerte institucionalidad, el presupuesto nacional es visto como un instrumento del desarrollo. En República Dominicana debe llegar el momento en que las asignaciones presupuestarias sean el resultado de las demandas y necesidades de la población, y estén sustentadas en programas y proyectos claramente definidos.

Por la distribución de recursos que exhiben los presupuestos nacionales de los últimos años, se percibe que las prioridades han estado extraviadas. Simplemente, es necesario analizar que las inversiones en salud, educación, energía, agricultura y medioambiente, entre otras, son desproporcionadas con relación a las necesidades de cada sector.

Las inversiones en salud y educación en función del Producto Interno Bruto (PIB) se encuentran dentro de las más bajas en la región. La ley 66-97 establece el 4.0% del PIB como la inversión mínima del gobierno central en educación. En cuanto al sector salud, la media latinoamericana se

estima cerca del 3%, y las inversiones nuestras en ese sector se encuentran muy debajo de esa cifra. La inversión social en estos dos sectores es baja, y es de ahí que se desprende la necesidad de aumentar las partidas del gasto público en sectores que son fundamentales para el desarrollo nacional.

En un estudio detenido de los presupuestos nacionales de los últimos 15 años se observa que la ejecución presupuestaria revela desviaciones importantes entre lo ejecutado versus lo presupuestado. Las ejecuciones presupuestarias de la Presidencia de la República alcanzaron niveles porcentuales por encima de los ministerios y los poderes Judicial y Legislativo, consignados en el Presupuesto Nacional en el período comprendido entre 1992 a 1997. Luego, en los períodos comprendidos entre 1997 y 2009 hubo una tendencia a la baja, pero manteniéndose por encima de los porcentajes de ejecución de las demás partidas presupuestarias. ¿En qué se invirtieron esos recursos? No podría decirse que la inversión social ha absorbido dichos recursos, cuando nosotros como país registramos porcentajes de inversión social en función del PIB muy por debajo del resto de la región. Por ejemplo, en el año 2007 se destinó el 9.0% del PIB para inversión social, cuando los países del área promediaron 13.1% del PIB. Como una manera de hacer una comparación que ponga en evidencia nuestro subdesarrollo social, Costa Rica al inicio de la década del 80 invirtió alrededor del 20% del PIB en el gasto social.

Entiendo que los programas y proyectos sociales deben adquirir mayor orientación participativa, con tendencia a reducir el carácter paternalista que los ha caracterizado. La

falta de participación de la sociedad en general en el diseño, ejecución, monitoreo y evaluación de los proyectos es uno de los factores de fracaso de muchas iniciativas de corte social. Por tal razón, es imperativo entender la importancia de trabajar con presupuestos participativos que reflejen el sentir de los involucrados.

Es difícil asimilar que la tendencia natural en el sector gubernamental sea la de consumir los presupuestos asignados, independientemente de la eficiencia del uso de los recursos. Hacer los mismos proyectos con menos dinero, como resultado de una gestión administrativa eficiente, es lo que debería primar en la conciencia del servidor público, eso estimularía el ahorro nacional.

La transparencia y la rendición de cuentas en el manejo del Presupuesto Nacional son fundamentales para aumentar la credibilidad de la sociedad en los gobernantes. Debe ser obligatoria la rendición de cuentas por parte de cada funcionario que maneje recursos públicos.

El endeudamiento es otro tema de preocupación, no porque no sea entendible su necesidad para financiar acciones cuyos recursos no disponemos en un momento determinado, sino por el uso que se les da a éstos. Si bien es cierto que no es posible crecer sin acceder a endeudamiento externo e interno, aún es más cierto que gran parte de los recursos no han sido invertidos en áreas productivas o que generen retornos que permitan el pago del crédito que ha dado origen a dicha inversión. La Ley 6-06 de Crédito Público debe ser más específica en aspectos tales como los porcentajes de endeudamiento, así como su destino. No obstante, dicha ley debe ser puesta en práctica de manera

eficiente y efectiva, de forma tal que establezca criterios para el endeudamiento, así como disciplina en el uso y cumplimiento.

Es necesario sustituir de manera gradual los subsidios generales a servicios y productos como la electricidad y el gas licuado de petróleo (GLP) por mayor inversión social en salud, educación y la creación de empleos y oportunidades que les permitan a las personas pagar dichos servicios con los recursos que generen. En los últimos años los subsidios de electricidad y GLP han superado en términos de inversión real los recursos destinados para salud y educación.

El subsidio eléctrico tal como se ha estado aplicando es distorsionante. Quienes lo defienden lo plantean como una necesidad en función de la realidad social, cuando realmente es una consecuencia de la deficiencia estructural del mercado eléctrico. Sobre todo, luego de haberse realizado un proceso de capitalización de las empresas públicas. Se esperaba que el sector eléctrico generara recursos suficientes para solventar sus operaciones, pero en la práctica ha sido diferente.

Es contraproducente que la tendencia del subsidio sea al incremento y, sobre todo, mayor que las inversiones anuales tanto en salud como en educación. Ese incremento del subsidio refleja la ineficiencia en este sector, replicándose dicha realidad en otras áreas de la administración pública.

Es urgente efficientizar el mercado eléctrico en función de sus costos reales. Es necesario generar electricidad con combustibles más baratos, y menos dependientes del petróleo y con contratos menos lesivos al Estado dominicano.

Obteniendo precios de la electricidad más bajos, entonces podemos atacar de mejor manera el hurto eléctrico

poniendo en práctica la ley, a sabiendas de que la electricidad subsidiada se usa de manera productiva, normal y se derrocha; siendo la primera y la tercera opción, la de menor y mayor aplicación, respectivamente.

La meta debe ser la redistribución de parte del subsidio eléctrico hacia áreas sociales y económicas productivas a largo y mediano plazo, tales como la salud y la educación, al igual que en la incubación de micro y pequeñas empresas, así como en el desarrollo de proyectos empresariales de capital mixto público y privado para la generación de empleos y oportunidades que les permitan a la población generar riquezas y que puedan retribuir a la sociedad los servicios subsidiados recibidos. De igual manera, en el otorgamiento focalizado y bajo asesoramiento de créditos para sectores productivos incipientes.

Mientras los gobiernos sigan promoviendo subsidios a través de la entrega directa de dinero a los beneficiarios, el clientelismo no disminuirá. No obstante, el clientelismo no es el aspecto más negativo de esa política, sino el daño que se le hace a una sociedad cuando no se le brindan opciones para generar sus propios recursos, y que con sus puestas “ayudas”, las cuales no representan ni el 5% del monto de la canasta familiar, se pretende comprar su conciencia y silenciar su voz.

Debe llegar el momento en que todo ciudadano que aspire a una posición pública, entienda que el presupuesto nacional no es su herencia familiar.

¿Cuánto ha costado a la sociedad dominicana la falta de regulación y fiscalización gubernamental en el sector bancario? Tendríamos que analizar el impacto midiendo

las consecuencias de la quiebra de los bancos en el cuatrienio 1982-1986, entre ellos, el Banco Universal y la crisis bancaria desatada en el país a partir de 2003, con el Baninter, Bancrédito y el Banco Mercantil como principales responsables de dicha crisis. Esta situación produjo un desequilibrio en las tasas de interés, el tipo de cambio y los precios, llevando la inflación del país a dos dígitos.

La deuda interna del sector público se incrementó de un 5.3% del PIB en diciembre de 2002 al 14% en junio de 2003, lo que significó un aumento equivalente a US\$1,500 millones de dólares. El PIB decreció 0.4% en 2003, como resultado de la crisis bancaria, la devaluación de la moneda y el aumento del petróleo en los mercados internacionales. La deuda privada acarreada por el Estado dominicano significaba cerca del 66% del presupuesto del gobierno central de 2003 o el equivalente del 13.2% del PIB. Tal situación se reflejó en un aumento del índice de pobreza del 45% al 62%, creando, según estadísticas de organismos internacionales, más de un millón de nuevos pobres en el país.

Las debilidades de fiscalización y regulación del sistema bancario dominicano es una responsabilidad de todos los gobiernos, tal como arroja el peritaje realizado a partir de la explosión económica que se desató como resultado de esta última crisis bancaria.

La ruptura generacional nos llama a detener esa complicidad social, tan dañina, de los políticos tradicionales con sectores económicos al servicio de los peores intereses.

El mal manejo de la economía nacional nos ha llevado a momentos de crisis importantes. Cabe citar el primer

semestre del año 1984, cuando la inflación subió a niveles exorbitantes como resultado de la desacertada política cambiaria, situación ésta que venía arrastrándose, producto de la emisión de dinero inorgánico y un alto déficit en la balanza de pagos. Al aplicarse medidas que limitaron las exportaciones y los créditos bancarios, además de la aplicación de impuestos indirectos y la congelación de salarios, la devaluación del peso originó un aumento significativo de la canasta familiar y la prima del dólar, lo que conllevó a una de las huelgas generales más grandes que registra la historia de los últimos 40 años.

En el período 1986 -1990 se registraron altos niveles de inflación y devaluación importante de la moneda. Lo mismo sucedió en el período 1994-1996 y 2003-2004, este último matizado por la crisis bancaria descrita anteriormente y la escalada alcista del precio del petróleo.

Es durante el período 1996-2001 que el país registra los mayores niveles de crecimiento económico en función del PIB, el cual no pudo traducirse en lo que se llama desarrollo económico, y mucho menos en desarrollo humano. A pesar de que se lograron avances en indicadores económicos y se pusieron en marcha iniciativas importantes durante este período de crecimiento, la desigualdad existente profundizó la deuda social con el pueblo dominicano.

Refiriéndose al crecimiento económico desde la década del 60 al inicio del siglo XXI, el PNUD, en el Informe de Objetivos de Desarrollo del Milenio 2004 plantea que *“el contexto que precedió al año 1990, y que se prolongó a lo largo de la década de los noventa en República Dominicana, fue el de un crecimiento económico estable, pero desigual. Estable y desigual*

pues, si bien creció a un promedio anual de 5.4% entre 1961 y 2002, no menos cierto es que ese crecimiento no se tradujo proporcionalmente en bienestar ciudadano y tampoco en mejores servicios para la población”.

Para los fines de reducción de pobreza el crecimiento económico es necesario, pero no es suficiente. Cabe preguntarse si es mejor que los gobiernos traten de reducir el coeficiente de Gini como factor de desigualdad, más que celebrar un crecimiento económico improductivo y desigual. Muy poco se puede hacer desde el punto de vista del desarrollo humano con un crecimiento del PIB generado a partir de la base de inversiones de capital no muy apegado a los sectores productivos domésticos, con niveles bajos en la generación de empleos y, en muchas ocasiones fundamentado en mano de obra no especializada ni calificada. Quienes dirijan el país deben saber que el crecimiento económico que debemos propiciar en República Dominicana es el de tipo endógeno, que acentúa la inversión en el capital humano como elemento generador de productividad.

Es importante señalar que a pesar de que se han realizado planteamientos que compartimos sobre una reorientación de la política económica en cuanto a las relaciones comerciales, a los fines de reducir el déficit de la balanza comercial del país, esto no se logrará si los niveles de competitividad empresarial no mejoran. Desde hace décadas, la balanza comercial de República Dominicana ha estado inclinada hacia el lado de las importaciones, prácticamente duplicando las exportaciones nacionales. Nuestra balanza comercial es deficitaria con respecto a los Estados Unidos y a Centroamérica. Importamos más que lo que

exportamos, y no es posible revertir esta situación bajo una realidad poco competitiva como la actual.

Desde finales de la década de los 90, nuestro país ha firmado acuerdos de libre comercio con Centroamérica, Estados Unidos y la Unión Europea, a través de los países ACP y de manera bilateral. Los beneficios de dichos convenios aún no se traducen en la manera esperada por la sociedad. El sector empresarial ha tenido que competir bajo condiciones no favorables, debido a su inserción apresurada al escenario sin preparación alguna. Si bien es cierto que no es posible recurrir al “patriotismo económico”, como lo planteara el diputado francés Bernard Carayon en su informe acerca de inteligencia económica, competitividad y cohesión social ante el Parlamento francés, no es menos cierto que podríamos promover e interiorizar algunos elementos de lo que podría llamarse *patriotismo económico dominicano*.

Es preocupante el hecho de que muchas empresas no lleguen a grados de competitividad que le permitan sobrevivir en la economía de mercado altamente competitiva que nos presentan los acuerdos de libre comercio suscritos con diversos países, principalmente aquellas empresas que hacen esfuerzos por ser más competitivas, a través de la inversión en capital humano, tecnologías e innovación en sus procesos productivos.

Para ayudar al aparato productivo en circunstancias amenazantes, debemos fomentar lo que podríamos llamar como la *reconversión industrial cognitiva*, vista ésta como la combinación del factor humano con la tecnología, cuyos ejes centrales son el conocimiento y la creatividad.

Al mismo tiempo, deberíamos propiciar un movimiento hacia un patriotismo económico desde el punto de vista de la demanda que oriente a los consumidores para que valoren los bienes y servicios producidos en el país, cuya calidad y precios compitan con los importados. En este aspecto, hago referencia a la ejecución de prácticas proteccionistas o *dumping*, ambas prohibidas y consideradas desleales a la luz de los acuerdos comerciales suscritos con otras naciones. Ni mucho menos a la intervención del gobierno en el aparato productivo nacional, un claro ejemplo de deficiencia gerencial. Más bien, me refiero a un patriotismo económico que incentive la competencia y la competitividad.

Un aspecto clave en todo este proceso será identificar las ventajas comparativas con los mercados europeo, norteamericano y centroamericano, para luego convertirlas en ventajas competitivas. Es decir, especializar segmentos de producción nacional donde nuestros rivales son menos productivos, para luego diferenciarnos de tal manera, que la rentabilidad de dichos sectores esté por encima de la rentabilidad media de la competencia. En tal sentido, no tenemos que producir lo que *queremos*, sino lo que *debemos*.

Se ha podido identificar gran confusión y desconocimiento en muchos políticos acerca del concepto de *desarrollo*. Si bien es cierto, existen diversas acepciones al término, no es menos cierto que la clase dirigencial nacional no ha podido articular ideas claras con respecto al real sentido del desarrollo. Esto no sólo se traduce en la falta de una visión correcta de hacia dónde nos dirigimos, sino también en las débiles ejecuciones de los planes, programas y proyectos que se presentan.

Desde el punto de vista social, desarrollo es poder ofrecer una educación básica de calidad, con estadísticas de deserción y repitencia bajos; es tener un sistema de salud pública y seguridad social que respondan a los intereses genuinos de la población; es respetar las leyes y poder contar con un real estado de derecho. En el plano económico, desarrollo es tener una sociedad con grados de pobreza casi nulos; es contar con sectores productivos altamente competitivos; es tener buenos niveles de estabilidad macroeconómica y distribución equitativa de las riquezas. En lo político, es elevar los debates al plano de las ideas; es fortalecer la democracia, respetar los derechos de cada ciudadano y ciudadana y, sobre todo, fortalecer las instituciones.

El *Informe Mundial sobre Desarrollo Humano* del año 2007 señala que: “el Índice de Desarrollo Humano (IDH) de RD es 0.777 y ocupa el lugar número 90 de entre 182 países en el mundo”. Nos gusta más utilizar la medida del IDH, porque a pesar de usar en su ponderación aspectos relativos a la educación y esperanza de vida, también toma en cuenta el crecimiento del PIB.

Visto esto, cabe señalar que la forma como se ha manejado la economía en nuestro país en su conjunto no ha sido la más adecuada. No obstante, reconocemos períodos gubernamentales que han arrojado grados de estabilidad macroeconómica muy por encima de otros. Cabe mencionar el período gubernamental 2004-2008, que se erigió de manera satisfactoria habiendo heredado una economía nacional muy lesionada del período 2000-2004. Sin embargo, aún falta mejorar aspectos fundamentales de transparencia en la contratación de bienes y servicios, así

como el fortalecimiento de las regulaciones y fiscalizaciones en sectores fundamentales de la economía, donde sus leyes adjetivas en muchas ocasiones son pasadas por alto. También, debemos lograr una mayor eficiencia del gasto público; acompañar efectivamente los sectores productivos nacionales, para —junto a una política cambiaria y monetaria adecuada— incrementar su competitividad y sus capacidades exportadoras, y por último, fortalecer las legislaciones existentes en el área de endeudamiento público, a los fines de mejorar la transparencia.

Bajo el concepto de la *ruptura generacional*, los dominicanos sensatos que se sumen a estas ideas deberán aspirar a un desarrollo humano íntegro que combine el crecimiento económico con la mejoría de la calidad de vida, la reducción de la desigualdad social y el respeto a los derechos humanos.

CAPÍTULO III
GLOBALIZACIÓN E IDENTIDAD CULTURAL

La sociedad del conocimiento asalta nuestros espacios. La globalización no es una opción, es una realidad de la cual somos parte, indistintamente de nuestros anhelos. El proceso creciente de comunicación e interdependencia entre los países y los ciudadanos del mundo conlleva a la unificación de mercados, sociedades y culturas.

La globalización no es un fenómeno nuevo. Lo que sucede es que anteriormente sus manifestaciones tendían a ser acciones particulares de personas o grupos. Hoy día es colectivo y no excluyente.

La UNESCO define cultura como *el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales, materiales y afectivos que caracterizan una sociedad o grupo social.*

Como consecuencia de la globalización, cada vez es más difícil identificar identidades culturales puras. Es un error observarla desde una perspectiva exclusivamente económica. Existe también una globalización cultural, que antecede la económica. Por ende, desde el punto de vista económico, si queremos ser exitosos en los mercados internacionales debemos preparar recursos humanos que conozcan la cultura de donde pretendemos penetrar.

La globalización económica ha implicado una liberalización de los mercados. Las transacciones de bienes y servicios se han fortalecido por la publicidad excesiva a través de los medios de comunicación masivos, cuya masificación

ha reducido los espacios globales de forma estrepitosa. Esa publicidad es la que, de algún modo, ha cambiado nuestros patrones de comportamientos e invade nuestras tradiciones y gustos, para de esa forma llevarnos a aceptar y dar paso a los intercambios económicos.

En una gran proporción son los jóvenes los más susceptibles a ser permeados por la transculturación, como resultado de la presencia de distintas manifestaciones exógenas que, indirectamente, van en detrimento de nuestra identidad cultural.

Cada día es más necesario solidificar nuestra identidad cultural; de tal forma que reduzcamos la tendencia a convertirnos en consumidores e importadores de manifestaciones culturales foráneas, y más bien nos convirtamos en exportadores y consumidores de nuestro sello identitario como nación.

Sobre la música sabemos que es una expresión sublime de la espiritualidad de los seres humanos, así como una alta expresión del arte clásico o popular. En el caso de la música popular, hemos observado a través del tiempo variaciones muy propias de la dinámica globalizadora y su interacción con la cultura local. No ha de sorprendernos que gran parte de la última generación de dominicanos y dominicanas nacidos al inicio de los 90 no bailen merengue o bachata, y no digamos la mangulina, el carabiné o el merengue típico.

Cada vez son menos los que aprecian dichos bailes en comparación con el rap, el reguetón y los bailes fruto de la digitalización de la música, como sustituto de los instrumentos tradicionales. ¿Acaso este comportamiento no es parte de los

efectos de la globalización, que tiende a disminuir la presencia de lo autóctono? Instrumentos musicales como el bongó, la maraca, la güira y el acordeón hoy en día son escasos en las producciones musicales de merengue y bachata.

Con esto no pretendo marginar las aplicaciones tecnológicas resultantes de la dinámica progresista de la música, para otorgar preferencias a elementos tradicionales de nuestra cultura. Pretendo, más bien, que sean diseñadas políticas culturales orientadas a fomentar la internalización de nuestras raíces, como paso previo a la adaptación o expansión de nuevas expresiones culturales.

Creo, a partir de la ruptura generacional, que es necesario la ejecución de políticas culturales que apoyen tanto las manifestaciones clásicas como populares en el ámbito de la música, paralelamente a una difusión masiva de nuestras raíces musicales.

Al igual que la música, el cine es otra vía fundamental para promover los rasgos identitarios culturales de cualquier país, ya sea visto desde las concepciones culturales o comerciales como lo es el cine hollywoodense. El cine es la industria cultural que mayor peso ha tenido en la globalización, mucho antes de la existencia de internet, es un portavoz por excelencia de identidades nacionales y culturales. Precisamente fue a través del cine mexicano que se exportaron hacia el mundo muchas de las tradiciones culturales más fuerte de México. Es justamente a través del cine de Hollywood que se ha transmitido al mundo quiénes son y qué pretenden ser los norteamericanos. Si prestamos atención, es a través del cine que podemos entender muchas de las tradiciones de los países que producen películas.

En el caso de la República Dominicana es igual. Gracias al despegue que ha tenido el cine dominicano en los últimos tiempos, es posible percibir parte de la esencia del pueblo dominicano en cada una de las producciones cinematográficas hechas aquí. La política cultural del Estado dominicano debe tocar al cine para que con propuestas cinematográficas de valioso contenido se pueda proyectar la cara de la dominicanidad.

De lo que se trata es de lograr un equilibrio entre lo que se exporta y lo que se importa, ya que en esta lucha inevitable, desigual pero necesaria, sobrevivirán aquellas culturas con mayor capacidad de permear otras.

La fuerza intrínseca de la globalización cultural trae consigo influencias de unas culturas sobre otras. En este proceso las alienaciones pueden ser fuertes y verse reforzadas por la acción desinteresada del Estado dominicano en el sector cultural.

La política cultural dominicana debe tender a la profundización de las raíces de la identidad nacional. Hay que fortalecer la cultura desde la base de la sociedad que es el pueblo. Sólo de esa manera podremos garantizar el traspaso de la herencia cultural dominicana —y de una manera sostenible— de generación en generación.

Por tanto, debemos participar en la globalización a través del fortalecimiento de nuestra identidad cultural, que es el sello distintivo palpable de la dominicanidad, descentralizar y llevar la acción cultural a todos los municipios sin imposiciones, fomentando la creatividad y el empoderamiento de las comunidades.

La diáspora dominicana juega un rol importante en la definición de la identidad cultural en tiempos de globalización. Por ello, hay que fomentar el intercambio cultural entre la diáspora y quienes viven en el país. Los dominicanos ausentes deben ser los principales portavoces de nuestra cultura. De esta manera contribuirán indirectamente con el fortalecimiento económico de la nación, al dar a conocer el país desde una perspectiva cultural que se podría convertir en comercial. Al mismo tiempo, debemos respaldar a esos dominicanos para fortalecer su presencia en las naciones donde se encuentren.

Existe una relación indirecta entre la brecha digital y la identidad cultural de las naciones. Es decir, a medida que se reduce la brecha digital, la posibilidad de transculturización es mayor y bajo la existencia de una amplia brecha digital, el contacto con otras culturas sería menor, y, por ende, el impacto en las identidades culturales puras sería menor.

No obstante, la sociedad del conocimiento en la que vivimos hoy día nos exige, para ser seres humanos competitivos, una reducción a cero de la brecha digital. Por lo que, existe una relación yuxtapuesta e interesante en cuanto al mundo que vivimos hoy en día y el mundo que legaremos a las futuras generaciones en función del acervo cultural autóctono.

Es por eso que considero una responsabilidad de la juventud dominicana portar la “doble ciudadanía” (global y local) que la sociedad del conocimiento nos brinda como consecuencia de la reducción de la brecha digital. La única forma de hacerlo es participando activamente

de la globalización e ir acompañados de la dominicanidad como sello identitario.

El *Informe de Desarrollo Humano 2005* plantea con relación a la cultura y el desarrollo:

“La cultura es un medio para incrementar el desarrollo humano en República Dominicana si está dirigido a fortalecer la capacidad de agencia de la sociedad y la valorización de lo propio. Se puede tener la mejor formulación técnica para el desarrollo humano, pero si no hay una valorización de lo propio, difícilmente se pueda alcanzar el objetivo.

Entre las acciones más urgentes para lograr la valorización de lo propio es necesaria la incorporación de la dimensión cultural en todas las políticas de Estado, dado que es desde esta dimensión que la gente va a valorar los programas y metas encaminadas al desarrollo nacional.

Mientras más original y segura de sí misma sea una población en términos culturales, mayor será su capacidad para aprovechar positivamente las inevitables y hasta necesarias influencias culturales externas”.

Es clara la imperiosa necesidad de fomentar la interculturalidad sin exclusión y marginación de nuestra cultura. La cultura dominicana encierra un capital social y un valor histórico inmensos que debemos preservar.

Las instituciones que dirigen las políticas de educación, juventud y cultura de nuestro país deben aunar esfuerzos para reintroducir la educación en valores, artística y la animación sociocultural como parte del currículo educativo.

Existe un vaso comunicante muy directo entre juventud, cultura y globalización que hay que potenciar para obtener los beneficios que esperamos como nación.

Sobre los hombros de la juventud descansa la responsabilidad de convertirnos o no en ciudadanos globales con identidad propia.

La ruptura generacional nos llama a aceptar las múltiples opciones y manifestaciones que nos ofrece la sociedad de hoy en día. Sin embargo, apela al fortalecimiento de la identidad cultural dominicana como una forma de lograr una mayor cohesión social.

CAPÍTULO IV
DEBILITAMIENTO DEL CAPITAL SOCIAL

Diversos autores, entre ellos, Robert Putnam, Francis Fukuyama y James Coleman, nos presentan el concepto de capital social en tres componentes básicos: la confianza, el comportamiento cívico y el grado de asociacionismo. Específicamente, Putnam define el capital social como *“los aspectos de las organizaciones sociales, tales como las redes, las normas y la confianza que permiten la acción y la cooperación para el beneficio mutuo”*.

El desarrollo humano al cual aspiro para nuestro país deberá estar cimentado en bases sólidas de capital social, la única garantía de construir un proyecto de nación sostenible y participativo.

Los partidos políticos, en tanto que organizaciones, aportan o restan bastante al capital social de un país, sobre todo por los aspectos relativos al asociacionismo y la confianza. La encuesta sobre Cultura Política de la Democracia en República Dominicana (Lapop 2006) refleja que la participación ciudadana en partidos políticos es de un 17.8%, lo que los sitúa por debajo de la participación de las organizaciones religiosas que tienen un 56% y por encima de la participación cívica con un 12.4%.

Desde mediados de la década de los 60, la participación activa de los ciudadanos en organizaciones políticas incrementó de manera significativa, declinando las afiliaciones partidarias de forma considerable a principios del

siglo XXI, como resultado de las insatisfacciones del pueblo dominicano al comprobar las prácticas del ejercicio del poder de los principales partidos tradicionales. Esta tendencia ha estado influenciada por la falta de confianza del pueblo hacia los partidos políticos y el decaimiento de las ideologías polarizantes.

De establecerse como norma el *modus operandi* actual de los partidos políticos en las estructuras sociales y económicas del país, se producirá un decrecimiento importante del capital social que poseemos. Las estructuras estatales son vistas cada vez más por los partidos políticos como una vía de solución de necesidades personales, más que colectivas.

La desconfianza en agrupaciones políticas ha sido provocada por la situación socioeconómica que ha atravesado el país durante las últimas décadas, representada en crisis económicas, fuertes tensiones sociales derivadas de las crisis económicas, continuos cambios políticos y, sobre todo, las necesidades insatisfechas de la población.

Según la encuesta Lapop 2006, el porcentaje de confianza interpersonal para la República Dominicana en el 2006 fue de 60.4%. Esto significa que existe una tendencia real a pensar que con quienes nos relacionemos son muy proclives a engañarnos. La corrupción pública, el clientelismo y la compra de conciencia son algunos de los elementos que más han contribuido al deterioro de la confianza.

Desde el punto de vista económico, la corrupción pública reduce la inversión social, limita el ahorro, reduce los recursos para el cumplimiento de los compromisos de deudas externas e internas, contribuye a la sobrevaluación de proyectos, impide la transparencia del ejercicio público,

produce desigualdad social, envía señales erróneas a la sociedad, fomenta los caminos fáciles para la obtención de bienes, y constituye un gran daño a toda la población.

Desde el punto de vista social, la corrupción se contrapone a la ética y la moral, y agreda la conciencia espiritual e individual de la población, ya que usa los recursos de todos para beneficios particulares de unos pocos, y cuando la corrupción se beneficia de la impunidad, entonces alimenta distorsiones éticas y crea patrones conductuales sociales que tienden a reducir la confianza interpersonal. Es decir, la corrupción pública no sólo afecta aspectos económicos de la nación, sino elementos conductuales y psicológicos de la población en sentido general.

El estudio nacional del costo de la corrupción para los hogares de la República Dominicana de junio de 2007 revela que el 88.5% de los dominicanos considera que los partidos políticos no hacen nada para erradicar la corrupción. Además, que el 57% entiende que hay que castigar los corruptos. Es penoso ver que un poco más de la mitad de la población es quien entiende que hay que castigar los corruptos. Esa baja intención hacia el castigo de la corrupción no se corresponde con el alto porcentaje de quienes entienden que los partidos hacen poco para combatirla. Sin embargo, los culpables de ese bajo porcentaje hacia la propensión del castigo son los mismos actores políticos que han asumido los poderes del Estado, y bajo la impunidad y complacencia han degenerado la conciencia ciudadana al hacerles entender por sus hechos que un cáncer social como la corrupción no encuentra real voluntad política para su combate.

En las décadas de los 60, 70 y 80 los clubes culturales y deportivos tuvieron una participación fundamental en el fomento de valores cívicos y morales. Fue una época en la que el movimiento clubístico aglutinó una juventud dominicana que exigía respeto ante sus reclamos políticos, culturales y sociales. En toda esta época se creó un fuerte capital social, como resultado de la interrelación de los individuos basados en la confianza, y en torno a una serie de valores compartidos.

Con la ruptura generacional aspiramos a un proceso paulatino de cohesión que fortalezca el capital social acumulado en las comunidades y las diversas agrupaciones sociales. De manera tal que sustituyamos el concepto del gobierno centralizador y fuerte hacia uno de redes sociales incluyentes, participativo y generador de cambios.

CAPÍTULO V
PRINCIPIOS, VALORES Y RESPONSABILIDAD SOCIAL

Debió ser en la primavera de 1983, cuando desde el balcón del edificio Cordero VI de la Benigno Filomeno Rojas, observé una mañana, a eso de las 5:30, caminar a mi padre rumbo a un destino para mí desconocido. Lo vi ponerse la camisa y salir a enfrentar el día como siempre lo hacía. A su regreso, una hora y media más tarde, traía sus manos paridas con el desayuno de sus cuatro hijos. Desde ese momento, no sólo por esa mañana, sino por las mañanas de toda una vida, he visto a mi padre hacer lo mismo. De él aprendí, no por sus palabras, sino por sus acciones, qué es ser responsable.

No he de negar mi preocupación desde hace años acerca del rumbo de la sociedad dominicana, cuyo derrotero apunta hacia el deterioro de los principios y valores necesarios para construir un país más justo y equitativo sobre la base del respeto humano. Aunque he tenido esa constante preocupación, esta no se ha convertido en desesperanza.

En el primer semestre del año 2007, comencé a sentir una renovación de la esperanza cuando leí en la prensa nacional que grupos de jóvenes solicitaban a la sociedad un ejercicio político más ético basado en valores. Estos reclamos de transparencia han continuado manifestandose en la sociedad dominicana. No fue tanta mi sorpresa por esas declaraciones, porque meses antes había escuchado a

personalidades del mundo del espectáculo expresarse en iguales términos, voces que lucen en ocasiones conservadoras y ajenas a la realidad política.

Entiendo que muchos ciudadanos poseen principios y valores que no negocian, aun bajo circunstancias difíciles. Si analizamos detenidamente nuestra historia, nos daremos cuenta de qué tan reducido es el número de quienes transgreden las leyes e intentan corromper a los demás. Si todos actuáramos como esos corruptos, entonces dichas acciones no retumbarían tanto en nuestras conciencias, porque seríamos sus cómplices.

El respeto a los seres humanos debe comenzar por el reconocimiento de sus derechos y la valoración de sus principios. No es cierto que todos los miembros de los partidos políticos tradicionales carecen de valores y principios.

Los partidos políticos son el reflejo de la sociedad y, por ende, en ellos se encuentran muchas personas valiosas, honestas, serias, con valores y principios. Realmente son unos pocos los que dañan la imagen de la mayoría, y tratan de sobreponer su supuesta “honorabilidad” en detrimento de los que realmente la poseen.

El liderazgo político tradicional no puede seguir en este juego de chantajes y empañamiento de honestidades a través de la descalificación de unos u otros. Basta ya de realizar una división política del bienestar colectivo y del desarrollo nacional. Las políticas sociales y económicas deben estar dirigidas a todos los dominicanos, no sólo a los ciudadanos de los partidos gobernantes. La República Dominicana es una, y en nuestras venas corre la misma historia, la misma raíz, las mismas necesidades, el mismo dolor.

En el verano de 1999, meses posteriores a haber recibido el Premio Nacional de la Juventud, que otorga el gobierno dominicano cada año, me marché a Inglaterra a realizar mis estudios de maestría en Planificación y Desarrollo, como resultado del esfuerzo económico familiar y las colaboraciones de amigos.

Fruto a esa experiencia tuve la oportunidad de beber en las fuentes del conocimiento de Inglaterra, de conocer su cultura y sus tradiciones. Fue un período intenso que marcó mi vida desde el punto de vista académico, intelectual y de la vida cotidiana en sentido general.

Luego de un año de intensos estudios, a finales de agosto, casi inicio de septiembre de 2000, regresé al país en búsqueda de nuevas oportunidades y un nuevo trabajo. En septiembre de 2000, se establece la Dirección Energía No Convencional del Ministerio de Industria y Comercio y por recomendación de un amigo me nombraron director de dicho departamento, decisión difícil de tomar ante las ofertas del sector privado. No obstante, el deseo de realizar una labor que abarcara un espectro nacional me atrajo. Además, era al mismo tiempo una forma de retribuir a mi país la oportunidad que se me había dado al estudiar fuera.

Realmente, me había perdido el año electoral que correspondía a la transición del gobierno saliente de 1996-2000 al entrante de 2000-2004, y, por ende, no había contribuido con el partido que dejé gobernando cuando fui a estudiar ni mucho menos para el otro que encontré en el gobierno a mi regreso. Honestamente, me alegro de que haya sucedido así, el costo de oportunidad hubiese

sido muy alto de no haber estado estudiando en Inglaterra en ese período.

Desarrollé mis funciones públicas como me han enseñado mis padres con su ejemplo: apegado a la honestidad y a la ética como la han desarrollado miles de dominicanos. A quienes me acompañaron en dicha responsabilidad les corresponde evaluar mis acciones, pero salí de allí con la satisfacción del deber cumplido.

No obstante, y por tener claro el concepto de que las acciones de los gobiernos son para beneficio de la población en general, indistintamente de su bandería política, en la ejecución de los proyectos comunitarios fui acusado como simpatizante del partido saliente por miembros del partido en el gobierno externos a la institución para la cual laboraba, por garantizar que en los proyectos que ejecutábamos tuvieran un alcance para todos los habitantes de las comunidades, independientemente de sus afiliaciones políticas. Así lo hice independientemente de los criterios interesados provenientes del partidismo ciego.

Tiempo después, al llegar el gobierno de 2004-2008, fui acusado de ser simpatizante del gobierno saliente por las nuevas autoridades, debido a que una familia que no cumplía con los requisitos necesarios para ser beneficiaria de los proyectos comunitarios, mintió al decir que había sido excluida porque pertenecía al partido de gobierno cuando no estaba en el poder. A ese argumento se sumaron otros posteriores, muy típicos del sumidero de la política vernácula utilizada para validar acciones futuras, tratando de crear sombras sobre lo que entiende no es de su parcela política.

El concepto de la ruptura generacional implica dejar claro que la condición de ser humano y su respeto debe estar por encima de las afiliaciones políticas, si queremos una República Dominicana próspera y justa. Es decir, que todos converjamos en un mismo punto por el bienestar de la Nación en detrimento de las maledicencias y el atraso nacional.

La clase política tradicional ha enviado señales desfavorables para la ética de la sociedad. Muchos políticos son más ricos que empresarios tradicionales y personas que han pasado su vida trabajando de manera honesta y devengando beneficios sustanciosos. La situación clásica en la cual los empresarios financian las campañas políticas ha variado: ahora los políticos son empresarios capaces de financiar sus propias campañas. Esos ejemplos son flacos aportes a la democracia participativa. Lo que indica que aquel que más tiene es quien puede optar por los cargos electivos en las elecciones. ¡Eso tiene que cambiar ya!

Un clientelismo atroz ha avanzado en la arena política. La compra de conciencias para el ejercicio del voto es una de las formas de peor explotación de la pobreza y necesidad humana. Sin embargo, somos más aquellos cuya conciencia electoral no está en venta.

Es penoso observar en tiempos electorales como familias se contentan con una funda de alimentos que sólo les permite comer por un día. Así como ser testigos del espectáculo de reparto de \$300.00, RD\$500.00 y hasta RD\$1,000.00, a fin de garantizar que una persona vote por un candidato en específico. Esa es una práctica que nos desvirtúa, nos denigra y nos atrasa como nación.

Otro punto crítico es ver cómo la asistencia social es utilizada como un chantaje para la obtención de votos. Tampoco debe ser coartada la moral del ser humano predisponiendo sus intenciones de ejercer un derecho que a la vez es un deber por medio de paupérrimas prebendas.

Dado los grados de pobreza que arropan al país, será difícil convencer a nuestros ciudadanos de no aceptar las dádivas que les ofrecen. Es más, deben seguir tomándolas, porque en cierto modo es una retribución de lo que ellos mismos han aportado a través de impuestos a la economía del país, y cuyos recursos algunos políticos utilizan como si fuese su patrimonio particular.

Lo que no será difícil es hacerles entender a los dominicanos de todos los estratos sociales que el voto es secreto y que la conciencia, para optar por las mejores opciones para dirigir el país, no puede ser comprada al momento de votar. Que quien intenta comprar su voto no le respeta, más bien se aprovecha de su condición de pobreza. Que debemos exigir a los gobiernos acciones que ayuden a dignificar la condición humana de quienes los elegimos.

Una dádiva o una acción clientelista sólo dura un día. Las inversiones reales en salud, educación, seguridad social, seguridad ciudadana, creación de empleos, buen manejo de la economía, esas sí nos ayudan a crecer como país. Mientras continuemos vendiendo al mejor postor nuestro voto por una gratificación momentánea, el bienestar del país será cada vez más difícil de lograr.

Es tiempo de despertar, de no seguir complaciendo a aquellos que se han aprovechado de nosotros debido a nuestras necesidades. ¿Cuántos desengaños no hemos sufrido

como consecuencia de promesas insatisfechas? Rompamos con esos dominicanos cuya forma de hacer política debilita los cimientos de nuestra nación.

Es urgente que quienes entendemos el concepto de la ruptura generacional hagamos que otros logren entenderlo, para de esa forma luchar por el adcentamiento e instauración de una política basada en principios y valores; una política moral que respete al ser humano. Es posible dignificar, paso a paso, la política dominicana.

CAPÍTULO VI
UNIDADES Y AGENTES DE CAMBIOS

Nuestros problemas no se resolverán buscando culpables ni por medio de retaliaciones hacia los que creemos han sido los responsables. La ruptura generacional nos llama a ser partícipes de nuestro desarrollo por medio del cambio en nuestras vidas. Y el cambio de nuestras vidas es responsabilidad de cada uno de nosotros, así como el cambio hacia el país que queremos es responsabilidad de todos.

Los problemas nacionales de hoy son los mismos de hace varias décadas. La clase política tradicional no se ha ocupado de realizar las transformaciones estructurales en el ámbito social, institucional, económico y político que la República Dominicana requiere.

Para establecer el concepto de unidades de cambio recordemos la famosa frase de John F. Kennedy: “*no preguntes qué puede hacer tu país por ti, sino qué puedes hacer tú por tu país*”. En el estado en que se encuentra la República Dominicana es difícil preguntar qué puede hacer nuestro país por nosotros.

Creo firmemente que la República Dominicana ha de someterse a un proceso profundo de reformas estructurales que transformen lo institucional, lo económico, lo político y lo ético, estas reformas no se producirán al margen del esfuerzo mínimo de cada ciudadano que tiene la opción de convertirse en agente de cambio y gestionar su propio bienestar y del entorno en que viven.

El cambio en la sociedad sólo se producirá a través de acciones que produzcan los agentes de cambio. Cada habitante progresista que entienda la necesidad de la ruptura generacional debe sumarse espiritual y materialmente a los esfuerzos de las Unidades de Cambio (UC) y convertirse en un agente de transformación.

Las UC serán núcleos sociales, grupos donde todos contribuiremos a cambiar la realidad básica de nuestro entorno. Nos convertiremos en catalizadores de inquietudes sociales, pero a la vez en forjadores de soluciones propias, generadas en el mismo corazón de la provincia, municipio, sección, paraje, comunidad o barrio donde germine una UC. Estas serán células vivas de acciones político-comunitarias.

Las UC servirán para unir los profesionales, técnicos, empresarios, comerciantes, amas de casas, trabajadores formales e informales..., en fin, todos los ciudadanos con vocación de servicio social y político, de manera tal que sean soportes en la gestión primaria de necesidades individuales y colectivas. Deberán ser estos entes cohesionantes del capital social.

El fortalecimiento del capital social y el desarrollo humano es parte de la misión de las UC. Si no desarrollamos y potenciamos los seres humanos, hasta lograr en ellos un reconocimiento de sus derechos fundamentales como individuos y que puedan reflejarlos en la colectividad, el capital social generado no podrá reproducirse de manera positiva.

Debemos crear tantas UC como comunidades o divisiones geográficas existan. Las luchas y reivindicaciones

sociales serán gestionadas de mejor forma si los dominicanos nos organizamos en núcleos sociales cuya mentalidad política de sus miembros sea distinta a la existente en los partidos políticos tradicionales.

Las estructuras organizativas de los partidos tradicionales y las UC se diferenciarán fundamentalmente por el enfoque social y político de esas entidades. Todos los miembros de las agrupaciones tradicionales podrán integrar las UC cambiando su mentalidad política y volviéndose entes dinamizadores de acciones sociales.

La acción política, el fortalecimiento del capital social y el desarrollo humano son partes de la misión de las UC. Estos han de ser las familias sociales de la nación, replicándose en todo el país, en forma de una gran red por el desarrollo nacional, cuyas acciones vayan orientadas a defender los intereses individuales de una manera colectiva.

Las UC deben velar porque los niños y niñas del lugar donde germinen asistan a la escuela, deberán dar seguimiento a la salud de la comunidad, a través de la gestión de servicios comunitarios. Ayudarán a canalizar las denuncias a las autoridades para un mejor seguimiento y control de la delincuencia. También, podrán orientar acerca de los derechos constitucionales de los ciudadanos, así como ofrecer servicios de consulta legal básica a través de uno de sus miembros o agentes externos. Igualmente, las unidades de cambio exigirán a las autoridades locales el cumplimiento de sus deberes como prioridad.

Los agentes de la Unidad de Cambio deberán preparar planes de desarrollo comunitario en pos de generar el

desarrollo socioeconómico local, a los fines de que el gobierno central y los gobiernos locales (ayuntamientos) bajo esquemas participativos los ejecuten.

La clase política tradicional ha demostrado una gran incapacidad para sintonizar con el pueblo. No se han detenido a escuchar los reclamos legítimos de la población. Más bien, nos han confundido y presentado opciones de corto alcance, que no contribuyen con el desarrollo nacional y mucho menos con la eliminación de la pobreza.

Existen muchas iniciativas tendentes a mejorar nuestra calidad de vida que no necesitan de la intervención directa de los políticos demagogos y populistas. ¿Necesitamos ayuda para cumplir nuestros deberes ciudadanos? ¿Necesitamos que nos digan que enviemos nuestros hijos a la escuela? ¿Necesitamos ayuda para respetar las leyes y las instituciones existentes? Creo que no.

Sin embargo sí, necesitamos el soporte de gobiernos conscientes en el suministro de equipos y medicinas de los hospitales. Sí, necesitamos soporte para expandir el desayuno escolar y que nuestros hijos reciban una alimentación básica previa a la enseñanza. Y sí, necesitamos oportunidades y empleos para desarrollarnos.

Por tanto, la nueva forma de conducir la nación que nos plantea la ruptura generacional no es más que aquella donde los agentes de cambio sean apoderados para que puedan canalizar —y, de ser posible, resolver— los problemas de sus comunidades.

Para la conformación de las UC debemos hacer un censo comunitario enfocado básicamente en los recursos humanos prestadores de servicio. Es decir, tenemos que

censar cuantitativa y cualitativamente a los profesionales de todas las áreas. Luego de determinar el capital humano, sus destrezas y sus potencialidades, éste deberá ser instruido para que pueda contribuir con sus conocimientos al cambio social y de mentalidad política que propugna la ruptura generacional.

La asistencia médica básica de la comunidad puede ser supervisada por algún agente de cambio. Los servicios de orientación legal básica pueden ser realizados por un agente de cambio. Y muchos otros trabajos que necesitan asistencia básica inmediata pueden encontrar respuesta a través de las UC.

Muchos se han referido a la preparación de un plan nacional de desarrollo con un horizonte de más de 20 años. Desde el punto de vista conceptual, y para el desarrollo del país, la idea está bien. No obstante, mi formación en planificación y desarrollo, así como las diversas experiencias que conozco, me han indicado que los planes de desarrollo, excluyentes de los principales *stakeholders* o involucrados, tienden a convertirse en pliegos de papeles burocráticos, que pierden vigencia con el tiempo.

¿Para qué sirven los planes nacionales si ellos no reflejan el sentir y las necesidades de la mayoría? El desarrollo nacional debe estar basado en planes cuyos proyectos sean insumos que reflejen las reales necesidades del país; y que su misión sea la de transformar la República Dominicana en una nación desarrollada donde exista un real estado de derecho, donde la educación sea de una alta calidad y de acceso universal; donde se proporcionen las mejoras fundamentales en el sector salud, de manera que se incremente

nuestra esperanza de vida; que la seguridad social asegure a cada ciudadano una vida digna, tanto al nacer como en la vejez; que seamos un país cuyo crecimiento económico se logre transformar en desarrollo económico; que nuestro aparato productivo sea tan competitivo que genere riquezas en cualquier mercado, y que las oportunidades de todos los seres humanos que habitan esta isla se encuentren por encima del promedio deseado.

La gran red nacional de UC será el medio mediante el cual se preparen los diagnósticos a corto, mediano y largo plazo, y cuyos insumos servirán de plataforma para elaborar un plan nacional de desarrollo, el cual deberá ser aprobado por ley y su ejecución sea fruto de la voluntad del consenso de todos.

Debe quedar claro que todas las transformaciones sociales, políticas y económicas en las que se sustenta el concepto de las unidades de cambio tendrán una acción real a través de ejecuciones asumidas desde los poderes del Estado.

CAPÍTULO VII

MI VISIÓN ACERCA DE LAS SOLUCIONES

La voluntad y el consenso son aspectos fundamentales para solucionar cualquier problema nacional. De ahí mi convicción de que la mayoría de los problemas que aquejan a la nación dominicana han carecido de ambos elementos a la hora de buscar soluciones.

Creo en la voluntad del consenso como un medio eficaz para resolver los problemas nacionales. No es suficiente lograr el apoyo de las mayorías, si no se tiene la voluntad para examinar y atenuar las diferencias resultantes del consenso pertenecientes a las minorías, con el objetivo de obtener resultados satisfactorios para todas las partes.

El sistema energético, la educación en todos sus aspectos, la salud, la seguridad ciudadana y social, el transporte y respeto a las leyes, son ejemplos de las áreas cuyas realidades representan escollos importantes para el desarrollo nacional. Muchas personas en nuestro país desconocen a grandes rasgos las verdaderas soluciones a esos problemas, y estoy más que seguro de que en su íntima convicción comparten enfoques y criterios parecidos acerca de las posibles soluciones. A pesar de esto, el arcoiris de intereses envueltos en estos problemas transforman voluntades de consenso en soluciones particulares. Esta es una condición peligrosa para el desarrollo nacional, y se observa desde hace varios años.

Es bien conocido que la educación es uno de los principales medios para combatir la pobreza. Entonces, si queremos reducir la pobreza a largo plazo en el país, debemos empezar invirtiendo mayores recursos en este sector.

Es necesario hacer todo el esfuerzo posible para que las portadas de los periódicos, al inicio de cada año escolar, no sean dedicadas a niños y niñas sentados en bloques de cemento o que la sombra de un árbol sea su aula.

Existe un divorcio entre los planteamientos de los gobiernos en cuanto a la necesidad de invertir en la educación y la inversión que realmente hacen. Lo mismo ocurre con los objetivos planteados y con el tipo de formación académica que necesitamos para el país.

El problema educativo en República Dominicana tiene varias aristas que se interrelacionan y cuyas mejoras podrían repercutir en el sistema educativo en su conjunto. Lo primero a tomar en cuenta es que no podemos brindar educación de calidad si no invertimos en la capacitación de los maestros y las maestras. Es como responder la pregunta de: ¿quién educa al educador? o ¿cuáles son los conocimientos que brinda el educador a sus alumnos? La calidad de la educación depende en gran medida de la inversión en capacitación de los maestros.

La formación de los maestros ha de ser continua y progresiva. Los acuerdos de centros superiores de enseñanzas con el Ministerio de Educación y la Asociación Dominicana de Profesores (ADP) deben expandirse aún más, para que el grado académico mínimo necesario para impartir docencia sea una licenciatura acompañada de cursos especializados en pedagogía.

La capacitación ha de ser especializada. Un maestro que imparta matemáticas y ramas afines, como aritmética, geometría, álgebra o trigonometría, debe recibir una formación permanente y sistemática, en términos pedagógicos, en esas áreas, para que los conocimientos que transmita no sólo sirvan para el *saber*, sino también para el *hacer*. Es decir, la educación perteneciente a las ciencias debe ser aplicada a los fines de adquirir los criterios necesarios para motivar a los estudiantes a utilizar su creatividad, de tal modo que usen todo cuanto aprendan para mejorar su entorno.

En cuanto a las ciencias sociales, la historia y la literatura, los maestros y maestras deben ser forjadores de la creatividad y del análisis. Deben desarrollar la capacidad analítica de los estudiantes, con el propósito de lograr que estos pasen de la *memorización* y *repetición* de los hechos, al análisis crítico y comparativo de los acontecimientos y a la capacidad de formular propuestas.

Cada maestro debe tener acceso a la Internet y, de ser posible, poseer un computador. La educación del siglo XXI tiende a lo virtual, por lo que llegará el momento, dentro de algunos años, que los maestros dominicanos tendrán que ofrecer sus enseñanzas por medio de clases pregrabadas en medios audiovisuales, y que su presencia en el aula será sólo para aclarar o instruir acerca de conceptos que necesitan ser profundizados. De esta forma, podremos estandarizar la educación dominicana: todos los estudiantes recibirán las mismas lecciones, no importa su estatus social o ubicación geográfica.

La reducción de la brecha digital, a través del acceso a la información por medio de la internet y el uso masivo

del computador harán más competitivas nuestras aulas. Los maestros deberán tener una mayor capacidad de respuestas, ante estudiantes que tienen acceso a informaciones que ellos mismos, muchas veces, desconocen. Entonces, la meta ha de ser una computadora para cada maestro y centros de computadoras en cada escuela, para que todos los estudiantes tengan acceso a Internet, bajo el precepto de que el conocimiento es de carácter universal.

Los gobiernos de los últimos 15 años han hecho bastantes esfuerzos en abastecer las aulas de las escuelas con laboratorios de computadoras. Pero no basta con la dotación de los equipos si no se hace hincapié en la enseñanza y aplicación real del computador y la Internet.

El salario de los maestros, al igual que el de los médicos, es preocupante. Por la importancia misma de la educación para el desarrollo nacional la profesión de maestro debe adquirir una dimensión en la misma proporción de su aporte a la sociedad. No es posible impartir una educación de calidad si quienes la imparten no tienen una vida digna. Un profesor a tiempo completo debe devengar como mínimo un salario equivalente al monto de la canasta familiar real.

De igual manera, el desayuno escolar debe aumentar en cantidad, variedad y calidad. Debe tender a ser un desayuno balanceado acorde con los grados de nutrición requerida, e incluir una dosificación de vitaminas.

Creo en la importancia de la preparación intermedia, orientada a la capacitación técnica previo a la universitaria. La capacitación técnica debe ser fortalecida por medio de la creación de politécnicos y escuelas técnicas. El sector educativo debe ir dando un giro en esa dirección.

El desarrollo nacional llama a tener recursos humanos capacitados técnicamente.

Los politécnicos existentes deben recibir mayor atención en recursos y oportunidades que las recibidas hasta ahora. La capacitación técnica debe ser diversa, orientada a las exigencias del mercado, pero también deben fomentarse las escuelas de formación artísticas y culturales que promuevan junto al bachillerato una formación en artesanía, pintura, danza, teatro, cine, música, etc. Esta formación artística debe estar enfocada no sólo para el crecimiento del mercado dominicano, sino para convertirnos en fabricantes de capital humano para la exportación.

Así como en la década de los 70 y 80, la formación técnica profesional desempeñó una función fundamental para el desarrollo, hoy en día la economía basada en el conocimiento exige profesionales ligados a las ciencias aplicadas. Esta diversificación de la formación técnica y artística contribuirán con una educación integral.

Una de las debilidades de que adolecen la mayoría de las infraestructuras educativas nacionales es el mantenimiento. Las instituciones gubernamentales reservan muy pocos o casi nada de recursos para mantener en condiciones adecuadas sus edificaciones. El sector educativo no es la excepción ante esta realidad. Muchos planteles escolares no se encuentran aptos para que se imparta docencias en ellos. Este no debe ser un problema exclusivo de los gobiernos, sino también del interés de la comunidad, las asociaciones de padres y amigos de la escuela, los comerciantes y empresarios locales, quienes podrían asumir una función importante en ese sentido, pues son sus hijos los que estudian en esas edificaciones.

Fundamentalmente los planteles escolares se deterioran por el mal uso. ¿Dónde está la autoridad de los profesores para exigir a sus alumnos el cuidado de dichos planteles y sus mobiliarios? Todo se basa en el amor de lo propio y en el amor de lo colectivo. Siempre he creído que quien le hace un daño a un bien público le hace el daño a la población general. Lamentablemente, hemos desarrollado grados bajos de amor y protección a los bienes públicos cuando debería ser todo lo contrario. Quienes mejores que nosotros para proteger los bienes a través de los cuales recibimos nuestros servicios.

El Ministerio de Educación debe realizar periódicamente un inventario de útiles y materiales en los centros educativos, con el propósito de proyectar las necesidades actuales y futuras.

Las butacas y pizarrones escolares no son tan costosos como para que haya escasez de estos en las aulas. Crear empresas autosostenibles para su fabricación podría ser una solución. Es decir, industrias fabricantes de materiales escolares con capital gubernamental bajo una modalidad de *joint venture* con el sector privado, y administradas con conceptos gerenciales avanzados.

Estudios recientes han demostrado una disminución en la calidad de la educación superior. Durante mi experiencia como director de la carrera de Ingeniería Eléctrica de la universidad INTEC, pude percatarme del grado decreciente en la calidad de la educación superior. Los problemas en este ámbito son muy parecidos a los de grados inferiores, y la influencia gubernamental no es tan influyente en cuanto a la operatividad, no así respecto a las

regulaciones orientadas a mejorar la calidad, que puede aplicar a través del Ministerio de Educación Superior, Ciencia y Tecnología.

Para mejorar la educación superior debe generarse el vínculo universidad-empresa-gobierno. Las universidades han de convertirse en laboratorios sociales, cuyos desarrolladores e investigadores sean los estudiantes. En tal sentido, deben integrarse como docentes, profesionales cuyas experiencias reduzcan los espacios de la inexperiencia y la improvisación. Nuestro país posee profesionales muy valiosos formados tanto en el país como en el extranjero, deben ser estimulados para que formen parte del cuerpo académico de las universidades nacionales. De esta manera, las universidades tendrán que mejorar las condiciones laborales de éstos, con la colaboración del sector privado y el gubernamental.

Todo estudiante debe tener la capacidad de elegir dónde realizar sus estudios superiores. Por tanto, el esquema de subsidio universitario debe cambiar. Más que subsidiar las universidades, hay que subsidiar a los estudiantes y, a través de ellos, el centro educativo de su elección. De esta forma, fomentaremos la competencia y el mejoramiento continuo de las universidades.

Y si la educación académica está en crisis, sucede lo mismo con la educación hogareña. La educación académica formal debe ir acompañada de una buena educación familiar, basada en valores. No es posible dar el salto cualitativo al que aspiramos si los niños no son instruidos en cuanto a la importancia de la educación para sus vidas, y si no crecen con principios y valores.

Las deserciones escolares no disminuirán por tener profesores calificados ni por tener las mejores infraestructuras. Todo ha de comenzar en el hogar, donde la responsabilidad, la honestidad, la ética y el amor al prójimo se inculquen como valores indispensables para la vida.

En síntesis, entiendo que no será posible obtener una educación de calidad y orientada a los requerimientos de la sociedad del conocimiento, si no invertimos lo necesario en el capital humano (maestros y estudiantes); en el mantenimiento sostenido de las infraestructuras, equipos y materiales; el fortalecimiento y creación de escuelas y politécnicos orientados hacia la educación técnica; si no somos coherentes en el seguimiento a los planes y proyectos, y si no fortalecemos el amor a lo propio y la educación del hogar.

EL GASTO SOCIAL tanto en salud como en educación es la garantía para el desarrollo humano. Sin embargo, todos conocemos la situación en la que se encuentran nuestros hospitales y muchas clínicas privadas.

Cuando pensamos en los médicos dominicanos, aquellos llamados a preservar y salvar la vida humana, lamentablemente tenemos que volver a caer en el punto de hablar sobre la dignificación de la vida humana. ¿Puede un médico dominicano brindar sus servicios con amor y entrega si su calidad de vida y la de su familia es pésima? Claro que no.

Sabemos que nuestra condición humana no nos permite la satisfacción plena; la insatisfacción es inherente al ser humano. Aunque siempre deseamos alcanzar mejores

condiciones de vida, creo que serán distintos los reclamos y reivindicaciones en el sector salud, si la alimentación, educación, salud y vivienda de la clase médica están básicamente resueltas. Por tanto, no puede postergarse más la revisión profunda de las condiciones salariales del sector salud.

Las reformas y mejoras de la salud dominicana no pueden tratarse como temas coyunturales y de las agendas político partidistas. Deben tratarse como temas de política estatal.

Cada ciudadano y ciudadana debe asumir su cuota de responsabilidad. Aquellos que menos tienen deben aportar con el cuidado y el orden en las instalaciones hospitalarias al momento de recibir las atenciones. Los más afortunados deben contribuir económicamente con la retribución del servicio que reciben.

La gerencia hospitalaria debe despolitizarse. Los hospitales deben entregarse a patronatos integrados por notables de las comunidades, que garanticen un sostenimiento y mantenimiento de las instituciones con un apoyo gubernamental y privado.

Los servicios de salud han de ser de carácter universal, sin importar sexo, religión, raza, ciudadanía ni estatus social, tal como está consignado en la *Constitución de la República*.

Debemos dirigirnos a fomentar la salud preventiva desde la infancia. Las autoridades escolares deben contribuir con esta acción, organizando jornadas de chequeos médicos en los hospitales y clínicas, de tal forma que cada estudiante asista al menos una vez al año, a una revisión médica preventiva.

La tecnología de información tiene que estar al servicio del sistema nacional de salud. Cada dominicano y dominicana debe estar inscrito en una base de datos que ha de ser alimentada por las informaciones de las Oficinas Civiles, a los fines de que exista una ficha o record de salud para todo ser humano que nazca en República Dominicana. Esta información deberá estar accesible en una red nacional de clínicas y hospitales que permita conocer la historia de las condiciones de salud de cada persona, sin necesidad de auscultar en archivos, a veces inexistentes, o confiar en la memoria del paciente o el médico.

Esta acción facilitará la realización de un gran censo nacional de salud, que nos permitirá identificar y conocer los aspectos más importantes de la salud en nuestro país. Así también, atender y advertir las enfermedades más comunes. Habrá que legislar en el Congreso Nacional, para que sea votada una ley que permita la creación de esta gran red de salud, y que establezca los controles necesarios para su buen manejo.

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS la delincuencia parece haber asaltado nuestra nación. Recuerdo que cuando niño una de las características que más resaltábamos como país era su seguridad en las calles, la paz y el sosiego, a pesar de las precariedades económicas.

Una de las mejores demostraciones de cómo un ente social sano se convierte en delincuente la aprendí al ver la película *John Q*, protagonizada por Denzel Washington. En

este film se revelaba cómo por la falta de oportunidades en determinadas circunstancias, la desesperación lleva a un ser humano a la frontera donde la honestidad y la racionalidad se confunden y derivan en actos delictivos. Es por eso que siempre he creído que la República Dominicana ha tenido muchos John Q, que han cruzado la frontera racional y han hecho de la delincuencia su modo de vida.

La pobreza, la marginación social, los contravalores morales y éticos, que algunos dominicanos han enarbola-do a través de sus acciones, asociados con la falta de oportu-nidades para los jóvenes, han contribuido a la degenera-ción social que es la delincuencia. Por tanto, y en contraposición, la estabilidad económica, la inversión so-cial y la redistribución de la riqueza son armas poderosas para combatir la delincuencia.

La prevención, en cuanto a la creación de futuros delin-cuentes, se logra con la creación de oportunidades, y los que ya son delincuentes se combaten con medidas enérgi-cas de control y una posterior reformación social.

La vida de cualquier ser humano vale más que la inver-sión que hay que hacer en los cuerpos castrenses en pos de mejorar los controles y seguimiento a la delincuencia.

Por desgracia, nuestro sistema carcelario es fallido. Los que delinquen no son reformados, más bien encuentran en las cárceles un caldo de cultivo para reafirmar sus con-ductas. Se debe reevaluar el sistema de fichaje del delito y dar seguimiento a los ex reclusos, para lograr su reinserción positiva en la sociedad.

Los grados de delincuencia en nuestro país obligan a zonificar los delincuentes por áreas. Y las comunidades,

con el apoyo de las autoridades policiales y militares, deben crear redes del tipo “delincuencia cero”, con mecanismos de denuncias efectivos, para que las autoridades puedan darle seguimiento a los delincuentes.

Sin embargo, será muy difícil disminuir la delincuencia si quienes están llamados a combatirla sufren las mismas calamidades y limitaciones que la mayoría de los dominicanos sumergidos en la pobreza. ¿Puede un policía o un militar combatir la delincuencia cuando sale de su casa y sus hijos no tienen qué comer? ¿O cuando no cuenta con los recursos económicos suficientes para brindar una educación y salud básicas a su familia? De ninguna manera.

Gran parte de los policías y militares son ciudadanos meritorios, sólo por el hecho de que, a pesar de las precarias condiciones en que viven, son capaces de ofrecerse a defender a sus conciudadanos. Ellos necesitan una respuesta del Estado dominicano. Necesitan un respaldo que sólo es posible conseguir mejorando sustancialmente su calidad de vida. Por ejemplo, pagándoles un salario digno y ejecutando formas de reconocimiento y recompensas por su labor.

Necesitamos calidad y compromiso de quienes deben cuidar la ciudadanía. No es un problema de cantidad, sino de calidad. Los delincuentes no son tantos, son unos pocos incontrolables.

Debe producirse una depuración rigurosa de las filas policiales y militares, y reintegrar los agentes depurados en otras labores productivas. Es decir, identifiquemos aquellos que trabajan por vocación y premiémoslos y brindémosles otras oportunidades a aquellos que han visto su inserción en las filas castrenses como una forma o escape para ganarse

la vida. Ellos son dominicanos que necesitan ayuda para encauzar sus sueños en otras áreas. Si reducimos la cantidad de miembros en base al mérito y vocación, podremos mejorar la calidad de vida de aquellos que se queden.

El combate de la delincuencia a la que me refiero involucra tanto el aspecto correctivo como el preventivo. No obstante, la delincuencia debe combatirse desde la raíz. La Policía Nacional no puede actuar sola ni al margen de los esfuerzos que debe realizar la sociedad en su conjunto.

La delincuencia no debe verse como un caso aislado de la carencia de formación académica y hogareña. En tal sentido, la escolarización primaria ha de ser de carácter universal y obligatoria. El gobierno debe velar para que cada niño asista a la escuela, independientemente de los deseos de los padres y tutores. Además, hay que retomar las enseñanzas de moral y cívica en las escuelas y colegios e involucrar a los estudiantes en labores comunitarias periódicas, que les permitan sensibilizarse socialmente e incrementar el amor por lo propio: el amor por la patria.

Los trabajadores sociales deben encontrar espacios de orientación para las familias dominicanas. Por tanto, se debe fomentar la creación de centros especializados de trabajo social y orientación familiar gratuitos.

Los Hogares Crea, las guarderías, las agrupaciones religiosas con fines sociales, instituciones como Doña Chucha, Muchachos y Muchachas con Don Bosco y muchas otras, regenteadas por grandes dominicanos anónimos, pero con una gran vocación de servicio social, deben recibir todo el apoyo del Gobierno para su funcionamiento sostenido.

En líneas generales y bajo un horizonte de mediano y largo plazo, entiendo que las raíces de la delincuencia se combaten con acciones como las descritas anteriormente.

EL DESEMPLEO y la falta de oportunidades son situaciones que pueden llevar a los seres humanos a delinquir. Los partidos políticos que han gobernado la República Dominicana han vendido falsas esperanzas a la sociedad, presentando el gobierno como el empleador de todos, llevando a cabo esa tarea de manera ineficiente e ineficaz.

El gobierno dominicano de hoy no es el mismo de hace 25 años. Es más pequeño, ya que las empresas capitalizadas en 1997 eran las grandes receptoras de empleomanía partidista y clientelista. Es por eso que, cada vez, es más notoria la presencia de nóminas o “nominillas” especiales, para sustentar “botellas” en el sector público.

Debemos rechazar las falsas promesas de empleos para todos, con la llegada al poder de un partido y exigir mayor respeto a la dignidad humana.

A todos nos conviene tener instituciones sólidas y confiables. Por tanto, el desempleo masivo no debe encontrar espacio en las oficinas gubernamentales. La función de los gobiernos es generar ambientes macroeconómicos a los sectores productivos y de financiamiento masivo a la micro y mediana empresas, favorables para que se desarrollen y se conviertan en los grandes empleadores. El sector privado debe ser el motor empleador nacional. El gobierno ha de ser el puente o vía para que la industria nacional

crezca y brinde empleos para todos, debe desempeñar una función reguladora y facilitadora.

Tenemos que ser creativos en nuestra lucha contra el desempleo. Hay que propiciar el fortalecimiento del sector privado como eje generador de empleos, así como la creación de nuevas medianas, pequeñas y micro empresas.

El concepto de industrias autosostenidas que generen beneficios que sirvan para crear nuevas empresas es una respuesta al desempleo, a la vez que incentiva el empleo productivo.

El gobierno podría generar bastantes empleos si se enfoca en la creación de industrias híbridas con el sector privado. Es decir, empresas cuya inversión de capital sean atraídas por el gobierno, pero que la incubación y gestión estén bajo la responsabilidad del sector privado, y parte de las utilidades generadas sean usadas para crear otras empresas, bajo ese mismo concepto.

Por ejemplo, en el sector de la cultura deben promoverse las empresas culturales creativas, no sólo como fomentadoras de bienes intangibles, sino como generadoras de divisas.

¿Qué esperamos para construir el Museo del Merengue y la Bachata? ¿O las escuelas de música folclórica autóctona, cuyos ritmos tanto gustan a los extranjeros? Podríamos, también, fortalecer el sector artesanal, para convertirlo en una industria.

La industria de la pintura y artes plásticas es otra iniciativa para fomentar mayores empleos para los pintores y artistas plásticos. Así también, crear una industria de la escultura y seguir fortaleciendo el cine. Estas iniciativas, como otras en su género, pueden ser empresas

autosostenidas que, a la vez, generen empleos y fortalezcan la identidad cultural nacional. No es concebible que la única fuente de empleo para los trabajadores culturales dominicanos sea el Ministerio de Cultura y las instituciones que la integran. Demos riendas sueltas a nuestro gran potencial creador.

En términos de tecnología de información, podríamos muy bien perseguir la meta de convertirnos en el “Bangalore de América”, basándonos en la transferencia de tecnologías y de recursos humanos foráneos calificados, que nos permitan adquirir un “*know-how*” de calidad a mediano plazo, de manera tal que impulse una industria local en este sentido.

El Instituto Tecnológico de Las Américas (ITLA) y el Parque Cibernético son iniciativas muy buenas que pueden propiciar un parque de producción masiva en tecnología de punta, como los tiene Schenzen, ciudad cuyo crecimiento económico en la primera década del siglo XXI ha sido extraordinario.

En el sector agrícola, podríamos aprovechar las ventajas comparativas que nos brinda el DR-Cafta. Por ejemplo, especializándonos en los nichos de mercado donde nuestros competidores son menos productivos, y los cuales a la vez serán generadores de empleos para la República Dominicana.

Lo mismo podríamos lograr con el sector turístico, a través de la especialización del turismo, de tal manera que elevemos su calidad, así como los ingresos a percibir. Debemos desarrollar turismo temático, ecológico, cultural, de montaña, playa, golf, económico y de élite, que hagan posible una diversidad turística en cantidad y calidad.

Es responsabilidad de todos, y especialmente del Gobierno, crear las condiciones necesarias para propiciar la inversión económica en las diversas áreas, respetando y haciendo respetar las leyes y la regulación en cada sector; manteniendo una economía estable y actuando como fiscalizador de manera despolitizada.

Es posible reducir el desempleo en la República Dominicana sobre la base de la creación de fuentes de empleos, la estabilidad necesaria para incubar y desarrollar nuevas empresas, y el apoyo mancomunado del sector privado y público.

LAS INDEFINICIONES, desórdenes y confusiones que se generan en sectores determinados de una sociedad ocurren, en la mayoría de los casos, por una de tres razones: la falta de marcos legales y regulatorios definidos, el incumplimiento de éstos o las imperfecciones contenidas en dichos cuerpos jurídicos. En la mayoría de los casos, la causa de nuestros principales males es el incumplimiento de las leyes y sus reglamentos.

Es preocupante, desde el punto de vista del desarrollo del país, observar que el tema relativo al uso racional de energía y las energías renovables, sea sólo tomado en cuenta cuando aumentan los precios de los combustibles en mercados internacionales. Y es lamentable que siendo importadores netos de combustibles, no hayamos hecho conciencia de que el tema energético es transversal, ya que toca ejes fundamentales, como son: la economía, la competitividad y la seguridad nacional.

Los precios del petróleo en mercados internacionales afectan gravemente economías como la nuestra, ya que contribuyen al aumento de la inflación y reducen el crecimiento del PIB real. Por tanto, debemos ejecutar acciones de mediano y largo plazo tanto normativas, coercitivas y de cambio cultural, que nos permitirán transitar el camino de la independencia energética.

Ante todo, lo más conveniente es crear la conciencia ciudadana de nuestra pobreza energética, como resultado del derroche y el poco aprovechamiento de las alternativas existentes.

Lo más sensato en el mediano y largo plazo para la economía nacional sería desarrollar un mercado energético basado en combustibles autóctonos y, sobretodo, crear un desincentivo del consumo desde el lado de la oferta, acompañada de una gran conciencia ciudadana.

De acuerdo a las estadísticas del Banco Central, la factura petrolera en el año 2009 fue de US\$2,654.8 millones de dolares y para el 2010 se estima cerca de US\$3,000.00 representando cerca del 30% de las importaciones nacionales, así como un incremento significativo en el gasto referente a los subsidios de la electricidad y el GLP.

Como una forma de reducir el impacto en la economía nacional de los incrementos de los precios del petróleo, es necesario desarrollar un programa de transferencia tecnológica del proyecto de gasohol brasileño, así como la reactivación del sector cañero para la producción de etanol. De igual manera, deben brindarse las garantías necesarias para que inversionistas locales y extranjeros desarrollen proyectos de generación a pequeña y mediana escala, con fuentes renovables.

Además, debemos propiciar la ejecución de cooperativas eléctricas con el propósito de crear segmentos poblacionales energéticamente sostenibles, así como ejecutar en el sector transporte cursos de manejo eficiente. Y promover una cultura de ahorro de energía a través del ejemplo, convirtiéndose el sector gubernamental en el paradigma de la austeridad. También, normar y etiquetar la importación de todos los artefactos eléctricos y prohibir la importación de bombillas incandescentes, eficientizar el tráfico vehicular sincronizando los semáforos y señalizando las vías; cambiar horarios laborales y escolares, instalar plantas de generación con combustibles más eficientes; realizar auditorías energéticas en las industrias, comercios e instituciones públicas, ejecutar sistemas de transportes masivos y eficientes, renovar el parque vehicular y restringir la importación de vehículos ineficientes y de alto cilindraje por períodos determinados.

Hacer uso racional de la energía debe convertirse en algo más que palabras. Ha de ser la transformación de una necesidad en una cultura, y sabemos que las culturas no se construyen con acciones precipitadas e inmediatistas. Urge crear una cultura de ahorro de energía, segmentada en términos generacionales, e integrada al currículo educativo en las escuelas dominicanas.

Hay que desarrollar las energías renovables, tanto para producción de electricidad como combustibles. Primero, por el gran potencial que poseemos para el aprovechamiento sistemático, efectivo y productivo de los recursos naturales. Segundo, por el elemento de seguridad energética, muy importante hoy en día; y tercero, por el impacto ambiental de dichas fuentes.

No obstante, creo firmemente que para desarrollar de manera adecuada las energías renovables en República Dominicana, necesitamos, primero, ejecutar una cultura que fomente dichas energías, y que sirva como base de inspiración y soporte a los enfoques energéticos de avanzada que se desarrollan globalmente. Segundo, encontrar un punto de balance de los incentivos fiscales y legales entre las tecnologías de energías renovables y las convencionales. Tercero, impulsar un adecuado marco legal y regulatorio para el desarrollo de las fuentes renovables de energía. Y, por último, definir reglas de comercialización, interconexión y despacho de la electricidad generada a partir de fuentes renovables.

En un país en el cual el PIB crece menos que el consumo de energía, se atenta contra la competitividad de los sectores productivos. Por tanto, la optimización y eficiencia de los recursos energéticos es una necesidad inmediata para lograr la competitividad nacional.

Se entiende por intensidad energética la relación entre el consumo de energía y el valor del bien producido. En términos macroeconómicos se considera la energía por unidad de PIB, relación que disminuye sólo cuando se incorporan tecnologías más eficientes en los procesos productivos, como parte de la ejecución de programas de uso racional de energía.

En el caso particular del subsector eléctrico, el problema se resume en una relación circular cerrada, cuyos procesos causales mutuos se reciprocán. Y donde existen variables reguladoras, que en vez de contribuir a la ruptura del círculo, tienden a profundizarlo.

La falta de cobro, el robo de la energía, la pobre regulación y los altos precios han sido identificados como las raíces del problema. En el primer caso, es responsabilidad directa de las distribuidoras; en el segundo, de los consumidores; en el tercero, de la Superintendencia de Electricidad, y el último aspecto involucra a generadores, transmisores y distribuidores.

El subsector eléctrico está encerrado en un círculo vicioso entre la oferta y la demanda. La oferta, representada por quienes producen y distribuyen la electricidad, y la demanda, por los clientes o usuarios.

Una parte alega que el problema radica en la falta de pago de los clientes. La otra sostiene que no pagan porque no se les brinda un servicio continuo y de calidad. No obstante, la situación se torna injusta para aquellos clientes que pagan y no se les brinda el servicio, e igual de injusta para las empresas que brindan el servicio a clientes que no pagan.

Para romper el círculo vicioso, una de las partes debe ceder. Desde una óptica ideal las contribuciones de ambas partes deberían ser simultáneas y en la misma proporción. Desde la óptica real deben ser sistémicas y graduales.

A nuestro entender, el círculo vicioso eléctrico se transforma en un ciclo virtuoso en base a seis elementos:

Primero, si existe una ley de electricidad que sea aplicable y respetada por todos.

Segundo, si se definen precios de electricidad competitivos, basados en operaciones eficientes y óptimas de generación y distribución que reflejen costos reales.

Tercero, si el subsidio que aplica el Gobierno se utiliza para que las distribuidoras den el primer paso y suministren un servicio constante y de calidad.

Cuarto, si todo el que usa el servicio eléctrico lo paga y se genera un cambio de mentalidad que derive en una cultura de pago del servicio.

Quinto, si el gobierno desempeña una función transparente y efectiva, no pretendiendo competir con el sector privado.

Y sexto, si se fortalecen las instituciones reguladoras, y se institucionaliza su independencia, para que estas hagan cumplir las leyes, reglamentos y resoluciones de manera justa y equitativa.

No existen soluciones individuales al problema eléctrico. Más bien, se requieren soluciones sistémicas que involucren los problemas causales, como parte de la solución. Ante esta realidad, planifiquemos no para actuar a prisas, sino con acciones firmes y certeras que nos permitan avanzar en el oscuro sendero de la búsqueda de soluciones de un problema no coyuntural, sino centenario.

EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS la República Dominicana ha visto incrementar los grados de pobreza de manera alarmante. De acuerdo a ONAPLAN, el 62% de la población dominicana vive por debajo de la línea de pobreza.

Mucho se ha hablado de combatir la pobreza, pero poco se ha hecho para reducirla. Los programas sociales orientados a reducir la pobreza se han convertido en mecanismos clientelistas e instrumentos proselitistas de los partidos

políticos. Quienes están llamados desde los estamentos estatales a diseñar políticas de combate de la pobreza han confundido el empoderamiento y la creación de oportunidades y capacidades con el paternalismo, las dádivas y los subsidios sociales. Por ejemplo, qué puede resolver una familia pobre con RD\$300.00 ó RD\$500.00 pesos que el gobierno le asigne cada mes? ¿o con el regalo esporádico de algún candidato político del gobierno o de la oposición?

La pobreza no debe enfrentarse de igual manera en todos los sectores. Las necesidades de los pobres de la zona rural no son iguales a las de los pobres de la zona urbana. Hay que diferenciar las necesidades de los diversos grupos sociales a través del conocimiento profundo de sus realidades. Es por eso que entendemos necesario desagregar la pobreza, de tal forma que pueda ser atacada desde la material hasta la espiritual.

La pobreza se debe combatir creando empleos, promoviendo el microcrédito, incubando empresas, promoviendo la educación para el *hacer*, fomentando una real conciencia ciudadana acerca de los derechos y deberes de los dominicanos.

Para una persona pobre la forma más expedita de romper el círculo de la pobreza a mediano o a largo plazo es a través de la adquisición de conocimientos que le permitan insertarse en el mercado laboral de manera satisfactoria. Sin embargo, a corto plazo, lo que necesita es un empleo o el apoyo para desarrollar una microempresa que le permita sobrevivir y desarrollarse económicamente. En tal sentido, deberá recibir orientación en cuanto a la inversión más factible a realizar.

Otra cara de la pobreza es la insuficiente inversión en infraestructuras que son necesarias en comunidades y provincias. Debe reducirse la migración rural hacia zonas urbanas. La tendencia para mitigar la pobreza debe ser la de crear condiciones adecuadas para los habitantes de las zonas rurales. Condiciones que les permitan ser productivos y desarrollarse. Por tanto, hay que incrementar las inversiones en viviendas, carreteras, caminos vecinales, puentes, canales de riegos, escuelas, hospitales, destacamentos policiales...

La real descentralización del poder es clave para atacar la pobreza de manera regional. Los presupuestos locales permiten grados de eficiencia adecuados, cuyas inversiones se ajustan a las necesidades comunitarias. Deben desarrollarse estrategias de reducción de pobreza locales cimentadas en programas de desarrollo contentivos de proyectos sociales participativos, con las prioridades bien definidas, y donde los consejos de desarrollo provinciales propicien consultas ciudadanas abiertas y democráticas.

La pobreza dominicana encierra un problema de género en sí misma. El concepto de la ruptura generacional no es excluyente ni discriminatorio. Más bien entiende que en una sociedad como la nuestra, donde existen tantos hogares encabezados por hombres, deben incrementarse las oportunidades para las mujeres, en el entendido de que existe una correlación directa entre mujer y pobreza. Si potenciamos las capacidades de las mujeres y las empoderamos con oportunidades para microcréditos y salarios competitivos, contribuiremos con la mejora y bienestar de la familia, a sabiendas del vínculo

existente entre madre e hijos en la familia, en cuanto a la transferencia de recursos económicos.

Los gobiernos de los últimos años han orientado lo que podría llamarse sus “políticas de desarrollo” bajo el concepto del “*trickle down*”, de la década de los años 70, a partir del cual se enfocan en el crecimiento económico del PIB, como si éste fuera a expedirse a la población en forma de empleos y otras oportunidades económicas o creará las condiciones necesarias para una distribución más amplia de los beneficios económicos que arrojaría el crecimiento. ¡Nada más falso que eso! Los resultados han sido un aumento de las desigualdades sociales y económicas en los últimos años.

La cantidad de recursos que no han sido destinados a la solución de los problemas nacionales es enorme. Necesitamos que las leyes funcionen y sean aplicables a cualquier ciudadano que la transgreda. Ha de llegar el momento en el que la estructura institucional del Estado funcione y se encuentre por encima de las acciones de los hombres y mujeres.

La transparencia en la gestión pública es fundamental para el desarrollo. La figura del referéndum revocatorio debe ser tomada en cuenta para futuras enmiendas constitucionales. Será la única forma de enviar señales a la sociedad de que quien no cumpla con los mandatos constitucionales y viole la confianza de sus electores, será sustituido como servidor público elegido.

El ejercicio de la política debe dejar de ser visto como un instrumento de movilidad económica. Aquellos que ejerzan funciones estatales deben entender que su misión ha

de ser la de contribuir con el desarrollo de la nación dominicana en sus diferentes vertientes, en el entendido de que deberán ser bien gratificados en la misma proporción de su responsabilidad, entrega y sacrificio.

Parte de la ineficiencia del Estado tiene su génesis en la ausencia de mecanismos de seguimiento y control de sus ejecuciones. No obstante, no es posible ejercer tales controles si carecemos de instrumentos que definan y orienten las acciones del Estado. Muchos han planteado la necesidad de un plan o una agenda de desarrollo. Sin embargo, los planes estatales están muy desacreditados, no por falta de iniciativa e ideas, sino por la debilidad en la ejecución y por su sostenibilidad. Eso se evidencia en la carencia de un plan nacional de desarrollo y en la inconsistencia de la gran mayoría de planes sectoriales que han sido preparados en las diversas áreas y cuya ejecución ha sido muy cuestionada. Por tanto, debemos identificar las necesidades nacionales desde lo particular a lo general. Cada comunidad, pueblo, provincia, ciudad, debe tener sus programas y proyectos en función de sus necesidades. Luego deberán asignarse las prioridades de ejecución de esos proyectos, desde lo general hacia lo particular, bajo un método holístico, y teniendo el desarrollo nacional como eje central.

El concepto de desarrollo que manejamos bajo la ruptura generacional es multidimensional, y parte de las concepciones de los economistas Amartya Sen y Michael Todaro. Entiendo que seremos una nación desarrollada cuando hayamos llegado a grados generalizados de satisfacción de las necesidades básicas, tales como alimentación, salud, educación y seguridad. Además, una mejora considerable de la

calidad de vida, a través de la creación masiva de empleos productivos, mayor atención a valores humanísticos y culturales que ayuden a elevar la autoestima. Seremos una nación desarrollada cuando poseamos libertad de elección ante un amplio rango de alternativas sociales y económicas, disponibles para todos los dominicanos.

CAPÍTULO VIII
LA VÍA ALTERNA COMO EPÍLOGO

Los dominicanos al igual que los ciudadanos de cualquier nación del mundo, merecen oportunidades para crecer. Y las oportunidades no surgen de la casualidad: han de ser creadas.

Cuando el 31 de enero de 1999, recibí el Premio Nacional de la Juventud, otorgado a diez jóvenes sobresalientes, entendí que esa premiación era un estímulo para que jóvenes con cierto talento se desarrollaran y contribuyeran con su país en el futuro. En ese grupo se encontraban Juana Arrendell, campeona panamericana de salto alto; Wanda Rijo, campeona panamericana de levantamiento de pesas, y Nuris Arias, campeona panamericana de voleibol femenino.

Otros éramos menos conocidos a nivel nacional, pero en nuestras comunidades y áreas de acción teníamos un cierto reconocimiento. Tal es el caso de Mitzi Santana, una joven valiosa de San José de Ocoa, locutora y trabajadora comunitaria. Años más tarde de la entrega del premio me encontré con ella, la misma joven sobresaliente, pero en esa ocasión necesitando ayuda para tratar asuntos críticos de salud, y desconcertada al ver cómo todas las puertas se cerraban a su paso. Años más tarde y gracias a su voluntad ferrea pudo superar dicha situación.

¿Cuántos casos de jóvenes valiosos ha de registrar la historia parecidos al de Mitzi Santana? Miles. Pero, ¿dónde

se encuentran las políticas de juventud para dar respuestas a casos como éste? ¡Tenemos que construirlas!

Cada joven dominicano es una mina por explorar. Debemos abrirles los caminos para que se desarrollen y elijan la forma que crean pertinente para ayudar su país.

He podido conocer el trabajo y las aspiraciones de jóvenes valiosos que día a día luchan por contribuir de manera positiva con su comunidad. Casos como el de Ramón Amable en La Mata de la provincia Sánchez Ramírez, o de Carlos Candelario en Nagua, o del pastor Joel Comprés en Castillo son ejemplos de superación y del gran potencial de nuestra juventud.

Así como los jóvenes necesitan oportunidades, también los niños que deambulan por las calles, los adultos mayores, las mujeres y los hombres desamparados por las políticas públicas orientadas a dar respuestas a sus necesidades como seres humanos.

A diario estamos sometidos a una tortura deshumanizada de la realidad dominicana. Los golpes, fruto de esa tortura, pretenden insensibilizarnos. Es una descarnizada forma de hacernos cómplices sociales ante nuestra impotencia y débil empoderamiento social. El oportunismo y la ley del poder, más que el poder de la ley, asumen el control de la sociedad.

La pobreza que nos arroja es desgarrante, real y palpable en zonas urbanas y rurales. Si bien es cierto que es una pobreza definida por la carencia de lo material para acceder a las necesidades básicas del ser humano, esta tiene un alto componente subjetivo muy peligroso: la desesperanza

resultante de las promesas insatisfechas, contribuyentes en la germinación de un amor por lo propio muy bajo.

Me preocupa el espectro político dominicano desde el punto de vista ideológico. La realidad nos indica que el ejercicio político se orienta cada vez más hacia el pragmatismo primitivo, alejándose bastante de las ideologías políticas progresistas y de vanguardia necesarias para la orientación y conducción del Estado.

Los partidos políticos nacionales son el reflejo más fehaciente del espectro social. Sabemos que en ellos existen hombres y mujeres muy valiosos, con la capacidad necesaria para sumarse al esfuerzo trascendental de conducir la República Dominicana por los postulados reales de la justicia social y el bienestar económico que tanto necesitamos.

Creo que es posible construir un proyecto de nación que coloque al ser humano en su centro y le brinde oportunidades, estabilidad económica y garantías de un estado de derecho.

Creo que, aunque vivimos en una sociedad donde existen grados de desigualdad asombrosos, ningún dominicano quiere que sus hijos y nietos vivan la misma realidad.

Creo que es posible llevar nuestro país a altos niveles de desarrollo humano, si ejecutamos políticas públicas orientadas al bienestar de la mayoría.

Creo que es posible avanzar como nación, sin avasallar, ni burlarse de la miseria e ignorancia del pueblo dominicano.

Creo en una vía alterna que nos aglutine a todos en una misma dirección.

Creo que podemos vencer la desesperanza que nos comienza a arropar y entre todos construir una República Dominicana cuyos cimientos sean el ideario de los fundadores de nuestra nacionalidad, y estén en sintonía con aspectos económicos del mercado, la solidaridad y valores morales.

He observado el ejemplo de ética y entrega de ciudadanos que han aportado y aún tienen mucho que aportar a nuestro país, y no se atreven a zambullirse en el mar de la política, en el entendido de que ésta carece de oxígeno moral. Hago un llamado a los dominicanos para que de una vez por todas nos unamos y renovemos nuestras esperanzas a través de la participación activa del curso de nuestra historia, dejando de lado las banderías de todo tipo: políticas, religiosas, raciales, de género y de clase social.

Finalmente, creo que es posible adecentar el ejercicio político y construir el país que todos algún día hemos soñado. Por tanto, solicito que nos unamos y que seamos parte de la ruptura de esos eslabones corroídos de la cadena que nos ha impedido desarrollarnos como nación: es una de las razones que me motivan a incursionar en la política dominicana.

Esta segunda edición de *La Ruptura Generacional*, de Milton Morrison, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Búho, en el mes de abril de 2010, en Santo Domingo, República Dominicana.

